



Núm. 18.

30 de Abril de 1861.

Año I.

DEL PERDON DE LAS INJURIAS.

LA noble, la verdadera grandeza de alma no consiste en vengarse, sino en perdonar las injurias. Las almas generosas no se vengan. Vencerse á sí mismo, sofocar el deseo de venganza, ese deseo vehementemente é irresistible, es la victoria mas bella que puede obtener el hombre.

Aquel que tiene un alma verdaderamente elevada, se sobrepone á las injurias y las perdona.

«Cuando me injurian, decia el célebre Descartes, elevo tanto mi alma, que la injuria no puede llegar hasta mí.»

Si hemos dado motivo para que nos ódien, perdonémos para reparar nuestra falta, si no le hemos dado, perdonémos mejor aun, porque es mucho mas dulce perdonar que tener necesidad de perdon.

Ofendemos á Dios sin cesar y nos perdona. Le suplicamos que olvide nuestras ofensas, y no queremos olvidar las que nos hacen.

Decis que es imposible perdonar una injuria y reconciliaros con un enemigo que os ha ofendido cruelmente; y sin embargo, cuando esa reconciliacion os reporta el menor interés, os reconciliais; ¡y no quereis hacer por Dios, lo que haceis por un interés mezquino!

Creis que vuestro honor reclama siempre la venganza, y Dios, que es tan celoso de su gloria, hace lucir el sol para los buenos como para los malos y vierte lluvias fecundas sobre las tierras de los impíos como sobre las de los justos. Puede reducir á polvo á sus enemigos, y sin embargo sufre y tolera, y así hace brillar mas su grandeza.

Solo á Dios pertenece la venganza, á Dios que se ha reservado el derecho de castigar á los que nos han hecho daño; de indemnizarnos de los males que nos hayan causado; de vengarnos de los ultrajes de nuestros enemigos, y

que tarde ó temprano juzgará al inocente y al culpable en el tribunal de su inmarcesible justicia.

Robustiana Armiño de GUESTA.

EL TRIUNFO DEL AVE MARÍA.

(CONCLUSION.)

IV.

Era la aurora de un día hermoso; los dorados rayos del sol teñían de un bello sonrosado la alta cumbre de Sierra-Nevada: cuando un moro cubierto de brillantes armas acercóse pausadamente al campamento cristiano, ó mas bien á la noble ciudad de Santa Fé, y arrojó con arrogancia su férrea manopla en señal de reto. La cola de su fiero caballo arrastraba el pergamino escrito que Pulgar el valiente dejará enclavado en la mezquita grande dos días antes. Mil nobles impulsados por un mismo pensamiento, y cual si todos no formasen mas que un hombre, quieren partir al punto á alzar el guante, mas el prudente rey se lo estorba y les dice: «No, mis amados infanzones, mis nobles vasallos, hartas pruebas disteis ya de vuestro temerario arrojo; despreciad las palabras y amenazas de ese perro infiel; guardad vuestros bríos para el día del asalto.» En aquel instante el valeroso Pulgar estaba ausente, pues á la cabeza de un escogido tercio marchára á una expedición secreta; mas sus compañeros de aventura murmuraban por la prohibición de Fernando, que les estorbaba castigar al insolente Tarfe, pues él era y no otro el que denostaba con groseros insultos á todo el valiente ejército cristiano. En este instante penetró por entre la turba de caballeros que en torno del rey estaban, un bello mancebo, aun no bien entrado en la adolescencia; el bozo comenzaba apenas á cubrir su lábio, y sus cabellos dorados caían graciosamente en naturales rizos sobre su blanco cuello, que rodeaba una finísima gorguera de encaje; era uno de los pajes mas queridos del monarca; y do-

blando ante este la rodilla, «Señor, le dice, concédame V. A. la merced de ganar hoy mis espuelas de caballero, castigando la osadía de ese insolente moro: Desde la gran batalla del Salado ostentaron mis nobles abuelos por divisa las gloriosas letras del *Ave-María*; soy el último y único vástago de mi familia; á mí y no á otro corresponde el alto honor de rescatar el Dulce Nombre de María de las manos de aquel can.» Pasmáronse los circunstantes de tanto valor en edad tan tierna, mas el rey no quiso acceder á tan honrosa demanda. «Querido Garci Laso, le dijo, vuestro padre os dejó al morir encomendado á mí, y no he de dejaros correr á una muerte cierta; vuestro brazo es harto débil para sustentar la lanza; contened vuestra impaciencia, que Dios proveerá ocasiones donde lucir vuestro esfuerzo y ganar lo que tanto deseais.» Alzóse cabizbajo el joven paje, fuese silencioso al aposento del rey, y con inaudito atrevimiento se apoderó de una de las régias armaduras que en vez de inútiles adornos decoraban la marcial cámara del rey de Castilla; acomodóse á su esbelto talle, y cabalgando en su propio corcel, con visera calada y lanza en mano, fué en busca de Tarfe, que permanecía inmóvil esperando algún contrario con quien combatir. Al ver un caballero que salía del real á todo escape, maravillóse Fernando hubiese quien desobedeciera sus mandatos con tanta osadía. Tal vez iba ya á dictar órdenes severas para castigar al inobediente paladin, cuando el interés del éxito del combate que ya trabara con el moro, robóle su atención y la de los demás guerreros que le acompañaban. Un religioso silencio reinaba entre los espectadores de la encarnizada batalla; las espadas descargando sobre las aceradas mallas hacían saltar manojos de estrellas. Ambos combatientes viéronse caer envueltos con sus caballos. La distancia no dejaba percibir cuál era el vencedor, cuál el vencido; de repente un grito de alegría oyóse en todo el real. Garci Laso alzabase altivo, mostrando á lo lejos la ensangrentada cabeza de Tarfe. Las mas estrepitosas exclamaciones, los clarines y los timbales rompieron á la vez para celebrar tan

grande triunfo. El afortunado vencedor estaba ya de hinojos ante el rey, manchado con la sangre de su enemigo, y ostentando atado á su lanza el pergamino del *Ave-María*, glorioso trofeo de su victoria, y en la siniestra mano la lívida cabeza del vencido moro. « Per on, Señor, murmuró una voz aun no bien formada, y que revelaba la juvenil edad del que la hacia sentir; venid á mis brazos, el mas animoso de mis caballeros, contestóle el buen rey; mas cuál fué su sorpresa y emocion al ver era el jóven Garci Laso quien consumara tan alto hecho de armas que diera honor y prez á un guerrero encanecido..... La reina acudió presurosa á felicitar al jóven héroe, y quiso por sí misma recompensarle, ejerciendo con sus bellas manos el noble oficio de heraldo ó rey de armas, y tomando la banda verde que flotaba en la lanza que Tarfe clavara en su tienda, ató con ella sobre el liso y dorado escudo de Garci Laso, el pergamino del *Ave-María*, noble despojo de su gloriosa hazaña, para que le sirviera de divisa. El rey dióle allí mismo el espaldarazo y el ósculo; Gonzalo de Córdoba, llamado despues el Gran Capitan, calzóle las espuelas, y el valeroso Ponce de Leon le ciñó la espada. Fernando el Católico hizo donacion á Garci Laso de la rica armadura con que hiciera la batalla, y dispuso que en la nueva iglesia de Santa Fé, que á la sazón se estaba edificando, fuese colocada por peana de la cruz del remate, la cabeza de Tarfe, ejecutada en piedra, para dejar á la posteridad una memoria eterna del tan señalado triunfo del *Ave-María*.

La mayor parte de los historiadores que hacen mencion de este suceso, aseguran que desde aquella época Garci Laso llevó el apellido de la Vega, por ser la de Granada teatro de su memorable hazaña, y que usó por armas la banda verde con las letras de *Ave-María*, mas lo uno y lo otro llevaba su familia desde muy antiguo. El que esto escribe tiene el honor de contar entre sus ascendientes al valiente Garci Laso, y pudiera demostrar con pruebas respetables, que el apellido de la Vega es originario de un lugar así llamado en Asturias de Santi-

llana, donde está el antiguo solar de esta renombrada familia: muchos de sus descendientes viven aun, y uno de ellos conserva en el dia la lanza de Tarfe. Las armas del *Ave-María* las usaron los Garci Lasos desde la celebrada batalla del Salado, donde le fueron concedidas á otro Garci Laso de la Vega, muerto despues violentamente en San Francisco de Soria.

Nicolás Castor de CAUNEDO.

ENCUENTRO DE ELEAZAR CON REBECA.

Unos tres años habrian trascurrido de la muerte de Sara, cuando Abraham se ocupaba del casamiento de Isaac.

Abraham pensaba en sus parientes, se acordaba de su querida pátria, y se resuelve á mandarla un grande voto de cariño. Isaac era hijo único, muy querido de su padre, é hijo de un padre muy rico, poderosísimo y bendito del cielo; pero como Abraham no puede partir con todas sus riquezas y con su hijo, y vivir en su país natal y entre su familia, quiere que la esposa de Isaac sea de allí y no de otra parte; de ninguna manera de entre los cananeos.

Como es consiguiente, en la casa de Abraham habia infinidad de criados, pero para un mensaje de tanta importancia, como era el de buscar esposa para Isaac, Abraham llamó al criado mas antiguo, de mas confianza y de mas distincion; esto es, al mayordomo, le entera de su proyecto, le manda jurar por el Dios del cielo y de la tierra, que al buscar esposa para su hijo Isaac, nunca la procurará de las hijas de los cananeos, sino que ha de ir á buscarla en el país de sus padres.

Eleazar así lo juró. Dispuso diez camellos para el viaje, los carga de regalos, de presentes considerables, y se dirige á la Mesopotamia, y precisamente para en Harán, ciudad que despues fué llamada *Carra*, situada entre el rio Cáboras y el Eufrates, en donde habia permanecido Abraham algun tiempo despues de su salida de Caldea, y de donde se habia

trasladado á la sazón á habitar su hermano Nachor con toda su casa. Ciudad que tambien luego fué célebre entre los romanos por la derrota de Craso.

Era ya por la tarde y Eleazar deja á los camellos que descansan en las afueras de la ciudad: no muy lejos habia una hermosa fuente al pié de un árbol, y era costumbre que las mozuelas vinieran á sacar agua á la caída de la tarde, llevándola en jarros ó cántaros. Eleazar encontrándose ya en el país de Abraham, se propone elegir la esposa de Isaac de entre las muchachas que vinieran á llenar sus cántaros en aquella tarde, y precisamente seria la elegida aquella á quien él se dirigiera, y pidiéndole agua, en el momento se prestase á complacerle. En el entretanto el buen siervo de Abraham, hace esta ferviente súplica.

—Señor Dios de Abraham, mi amo, asísteme, te ruego en este día, y haz misericordia con Abraham, mi señor..... Vedme aquí, estoy cerca de la fuente y las hijas de los moradores de esta ciudad van á venir á sacar agua. La doncella á quien yo digere.....

Aun no habia acabado de hablar, y hé aquí que Rebeca sale con el cántaro sobre sus hombros; viendo que es una bellísima doncella, se dispone Eleazar á realizar el voto que acababa de hacer al cielo; le sale al encuentro y la dice:

—Dame de beber.

En el momento Rebeca baja su cántaro y dice:

—Bebe, y tambien dá de beber á tus camellos hasta que no quieran mas.

Bebió Eleazar y bebieron sus camellos.

Generosidad singular y solo digna de una mujer bella, popular y bien educada!

Rebeca vé á un extranjero, se esfuerza por complacerle, y como que le falta tiempo para manifestar sus sentimientos de hospitalidad y humanidad.

Viendo Eleazar en Rebeca una conducta tan digna, le pregunta:

—¿De quién eres hija?

—Soy hija de Batuel, que es hijo de Nacor y de Milcha.

Entonces Eleazar agradecido á tanto favor y finura, la regaló unos zarcillos de oro que valian dos siclos¹, y puso tambien unos brazaletes sobre sus manos que valian diez.

Reconocida Rebeca á tanta distincion, invi-

tó á Eleazar á que pasara á su casa, añadiendo que en ella habia provision de paja y de heno y donde descansar.

Eleazar se llenó de compuncion, bendijo á Dios y postrado le dió gracias porque le habia conducido por camino verdadero, nada menos que á la casa de un hermano de su señor.

Habiendo dado Rebeca cumplida satisfaccion á Eleazar, aceleró el pasó, llegó á casa de su madre, contó con grande interés lo que acababa de pasarle, y enseñó los zarcillos y brazaletes. Su familia la escuchaba con grande y

¹ El siclo era una moneda de plata de los hebreos, del peso de cuatro dracmas áticas; es decir, la onza de los hebreos era la cuarta parte de la onza griega, ó sean dos francos y seis céntimos cada siclo ó pequeño cesepl.



Encuentro de Eleazar con Rebeca.

agradable sorpresa; salió Laban, hermano de Rebeca, en derecha á la fuente donde se encontraba el extranjero, y con cariño le dijo:

—Entra, bendito del Señor: ¿Por qué te estás ahí afuera? Ya tengo preparada mi casa, también hay cabida para tus camellos.

Eleazar no pudo resistir á tan estremada invitación, y complaciente pasó con sus camellos y toda su comitiva á la casa de los padres de Rebeca.

Siguiendo la costumbre, lo primero que le presentaron á Eleazar, fué agua para lavarse los piés. Laban se habia encargado del cuidado de los camellos y demás criados. Ponen la mesa para comer; pero Eleazar se espresa en estos términos.

—No comeré hasta que haya dado cuenta de la embajada que traigo.

La familia de Rebeca respeta la excusa, y acceden á que hable.

Eleazar dice:

—Yo soy criado de Abraham, á quien bendijo Dios mucho, y es grande, pues tiene ganado menor y mayor, plata y oro, criados y camellos; pues bien, mi señor, mi amo, tiene un hijo, es único, y cuando concibió el plan de buscarle esposa, me exigió juramento de que nunca procurase para su hijo Isaac, mujer de los cananeos, sino que habia de ser de entre sus parientes.—Dios me condujo por el camino verdadero, y esa vuestra hija parece que es la señalada, porque yo hice una plegaria y Dios oyó mi voz, poniendo delante de mí á Rebeca para que la tomase para su hijo. Ahora, pues, si sois vosotros los que habeis de hacer misericordia á mi señor, indicádmelo, y si no es así, tomaré otro camino á derecha ó izquierda.

Espuesta la misión de Eleazar, dicen Laban y Batuel.—Del Señor ha salido esta plática, no podemos contestarte, sino acatar sus designios. Ahí está Rebeca, tómala y vete, y sea mujer del hijo de tu amo como lo ha dicho el Señor.—Cuando Eleazar oyó esto, se llenó de gozo, se postró y adoró al Señor. Acto continuo, siguiendo el uso primitivo en todas partes que el marido regalaba al suegro ó al cu-

ñado, Eleazar sacó los vasos de plata y oro, y vestidos para Rebeca, haciendo despues otros presentes á los hermanos y á la madre. A esta ceremonia siguió un gran convite y todos comieron juntos.

Concluida la boda, salieron al otro dia en busca de Isaac.

Los hermanos de Rebeca la digeron al salir: vé y crece en millares de generaciones, y adquieran tus descendientes las puertas de sus enemigos.

Sin embargo que Isaac tenia la costumbre de salir al campo, en donde oraba y alimentaba la piedad con santas reflexiones, durante el viaje de Eleazar no dejaba de ocupar su imaginación la idea de su proyectado enlace, y así algunas veces solia tender la vista con el objeto de ver si sus camellos se acercaban. No pasaron muchos dias sin que se realizáran sus deseos. Iba á partir para su tienda una tarde, estaba ya el sol para ocultar su luz en el horizonte, cuando levantando los ojos, mira y distingue á lo lejos á sus camellos. Corre al encuentro, se acerca, Rebeca que vé á un hombre en el campo y que ligero viene hácia ellos, interroga así á Eleazar.

—¿Quién es ese hombre que viene á nuestro encuentro?

El criado responde:

—Ese hombre es mi amo.

Inmediatamente Rebeca, coge su velo y se cubre; Isaac llega por último y saluda, coge y conduce á Rebeca á la tienda de Sara su madre.

Rebeca permaneció cubierta en presencia de Isaac; tal era su honestidad y virtud; Isaac se mantiene circunspecto y respeta á la que vá á ser su mujer en la pureza y santidad.

Desposados ya, el gozo es grande; hacen votos al cielo de amor y gratitud, y aquel dolor que amargaba la vida de Isaac, con el recuerdo de la muerte de su madre, viene á calmarse en fin, con el cariño, dulzura y gracia de su esposa Rebeca.

Casimiro CLAVIJO.

Cuentos Azules.

II.

El rey de los gigantes.

(CONC USION.)

III.

Los primeros amores y los primeros versos de S. A. Tonto III.

Tonto III esperaba en el jardín con impaciencia á la mañana siguiente al sábio Chupachiripas.

—Hola, maestro, dijo al momento que le divisó, cómo se ha tardado.

—Pero señor, si aun está amaneciendo.

—No importa, el que está enamorado madrugaba mucho.

—¿Para qué? preguntó con candidez el otro.

—Para ver á la que ama mas pronto.

—¡Cómo si ella se levantara tan de mañana!

—Calla bobo, que entiendes tú de amores.

—De amores, algo entiendo, el amor, alteza, es el telon de una suegra.

—Los pavos no tienen madre.

—¡Ah! eso es otra cosa—qué tonto es este Tonto.—

—¡Ay! suspiró con tristeza el rey, estoy muy enamorado.

—Si señor, ya lo veo, y me choca que ameis á una bestia.

—Pero hombre, ¿no ves que esa bestia es la hija de un rey?

—Ya lo oí tambien es hija de una reina.

—Como en el mundo hay muchos encantadores, quizá sea una princesa encantada mi pavita. Se lo has de preguntar.

—Sí:—como si ella me lo fuera á decir.— Se lo preguntaré.

—Si mis conjeturas son fundadas, te convidado para la boda.

—¿Pero no podrá ser que esa pavita sea hija de rey de los pavos?

—Canástos, tienes razon, mas no importa, me he de casar con ella sea pava ó mujer.

—Y si fuese una princesa encantada, ¿quién la desencantará?

—Tú, hombre, tú.

—¡Sopla, yo! gritó el maestro dando un brinco; ¡como si yo fuera hechicero!

—Pues tú la has de desencantar, ó te corto la cabeza sino.

—Este rey piensa que mi cabeza se ha destinado para la cuchilla, habrá tonto mas grande? Sin embargo, confieso que es hombre de grandes recursos.—

—¿Qué murmurabas?

—Nada, admiraba la gran elocuencia de vuestra alteza.

—No la conoces bien, ¿sabes que tambien soy poeta?

—¡Poeta! pues nada os falta para loco.

—¡Ay! suspiró el rey.

—Y van dos, repuso el gran Chupachiripas.

—¿Cómo, qué es eso, qué quieres decir con que van dos?

—Que dos veces ha suspirado V. A., y dos veces han renacido odoríficas flores en las robustas cuencas de un ameno bosque.

—Poético estás, mas francamente te confieso que yo soy más poeta que tú.

—¡Admiro vuestra real modestia!

—Si te burlas, voy á mandar que te corten la cabeza.

—No se incomedes V. A. en mandar que se ocupen de mi insignificante persona, no merezco tanto.

—¡Es verdad, y ahora te necesito para que me des tu opinion sobre mis versos.

—Benditos versos.—

—Escúchalos.

Te amo pavita mia,
Me rindieron tus encantos,
Y á tanto llega mi amor
Que quisiera ser un pavo.
Los colores de tus plumas
Desde luego me flecharon;
Tu recuerdo es mi ilusion
¡Pluguiera á Dios fuese pavo!

Mas si hombre yo nací
 Nunca obtendré yo tu agrado
 Pues que quiso mi desgracia
 Que hombre fuese y no fui pavo.
 Pavita del alma mia
 Si me amas, yo te amo
 De un modo que no sintiera
 Obtener el fin del pavo.

—Perfectamente, muy bravo.
 Aplaudo el verso del pavo.
 Dijo Chupachiripas aplaudiendo la régia composición.

—Te parece bien; ¡ay!
 —¡Y van tres!
 —Siento como lo digo no ser pavo.
 —Pues no lo sienta V. A., porque todos los enamorados lo son.

—¿No me engañas?
 —No señor, al presente V. A. es todo un señor pavo.

—Es que si lo dices por adularme haré que.....

—Ya lo sé, señor, que me corten la cabeza—cuidado que á este buen señor le ha dado capricho con mi cabeza.—

—Cómo tarda, ya debe ser muy tarde, maestro.

—Para el que madruga sí, pero para el que ahora se levanta no.

—Qué gran desgracia es esperar! El que espera desespera.

—Permitidme señor, el que espera no creo que des-espera, pues hace todo lo contrario.

—Charlatan; ¿crees que puedo ahora ocuparme con tus argucias? ¿no sabes por otra parte que mi palabra siendo real, es palabra de rey? Entonces, ¿cómo osas desmentirme, si sabes que no me he de retractar? Voy hacer.....

—¿Que me corten la cabeza? preguntó con inquietud el sábio; muchas gracias, no lo necesito.

—No, hombre, no, que registren todos los alrededores de mi palacio.

—¡Ay! respiro; ¿quiere V. A. que dé la orden?

—Si hubiera muerto un cazador á mi ave, mando que se ahorquen á todos los hombres de mis reinos para dar con el criminal.

—Esa es la manera de no errarla.

—Y como que no me equivocaré. ¡Ay de mí si me hubiera quedado viudo de mi querida princesa, incendio mis Estados.

—Bien hecho: mas no creo que la linda pavita haya tenido una suerte tan funesta, cuando tan hermoso se la presenta el porvenir, queriéndola el rey mas ilustre y mas poeta de la creación.

—Chupachiripas, te doy.....

—Santa palabra.

—Mi real é ilustre mano á besar, concluyó el monarca.

—Ya te podias guardar tu dádiva,—dijo el maestro besando la régia mano.

En esto estaban nuestros interlocutores, cuando se oyó á la pavita graznar.

—¡Oyes, oyes, maestro, es ella!—¡Ay, ay, ay!

—Cuatro, cinco, seis, dijo anotando los suspiros Chupachiripas.

IV.

Fin de los amores de S. A. Tonto III.—Se afirma la cabeza en los hombros de Chupachiripas con otros resultados.

—¿Qué dice, amigo mio mi pavita?

—Lo de siempre.

Hija de rey nací

Hija de reina soy.

—Dila que ya la quiero.

—Hombre, me gusta;—ignora V. A. que yo no se hablar como un pájaro?

—Pues relincha ó chilla; en fin, has algo por mí.

—Servicio por servicio, haré el gallo.

Chupachiripas cacareó.

—¿Qué te contesta?

—Me dice que soy un ganso, y que hay un gracioso príncipe al que adora con todo su corazón.



—Pavita, yó te adoro tambien. ¿Qué responde?

Hija de rey nací
Hija de reina soy.

—¿Y qué mas?

—Nada mas—¡ah! sí vuelve á abrir el pico.

—¿Y qué?

—Dice la linda ave lo siguiente:

Soy una reina encantada
Por un perverso hechicero;
Mas el dueño que yo quiero
Me verá desencantada.

—¡Oh gozo, oh placer, oh dicha inefable!
¿y cómo y cuándo?

—Eso es lo que no dice.

—¡Qué desgracia! anda preguntaselo.

—Pero si yo no sé.....

—Y á mí que me importa saberlo, ó te haré cortar la cabeza.

—¡Canástos con mi cabeza!—Cortádmela, yo no puedo saber mas de lo que sé.....

—Oye, oye, que vuelve ha hablar.

—Ah sí, y dice:

En el lindo pabellon
Que se eleva en el jardin
Me verá con mi figura.....

—Concluye.

—Ha desaparecido la pava sin acabar su discurso.

El pobre rey se quedó estupefacto al desaparecer el ídolo de sus ilusiones; un día y otro esperaba con afán el momento de ver á la princesa desencantada.

Llegó por fin un día en el que volvió á ver á la linda ave, y tanto se alegró de verla, que corrió alborozado á abrazarla; pero la pavita huyó con temor al ver la acción del rey y de Chupachiripas que ayudaba en su empresa á Tonto III. Entre los dos hicieron que la pavita cayese en un barranco,

—Llama á mis guardias, llama á todo el mundo.

—No haga tal V. A., la avecilla dice que nadie la verá sino V. A. ó yo.

—Entonces socórrela tú; pronto, trae á mis brazos á mi querida princesa, el dolor me quita las fuerzas.

Chupachiripas desapareció en el barranco, y pronto apareció trayendo en brazos á una hermosa mujer.

—Hermosa princesa, dijo Tonto III, al fin os veo.

—Gallardo príncipe al caer he recobrado mi antigua forma.

—¿Cómo es, se preguntó admirado Chupachiripas, el pavo se ha vuelto mujer?

—¡Y qué hermosa que sois! ¿Es verdad que me quereis?

—Con mi alma, príncipe, con mi corazón, con mi vida.

—¡Ah sois hechicera.

—Aun me parece un poco vieja, se dijo el sábio, pero un enamorado no distingue las edades.

—Me contareis vuestra historia.

—Ahora no pienso sino en amaros, á vuestro reino vine atraída por la fama de vuestros loores.

—¿Con que me amais, encantadora princesa, me amais?

—Príncipe, respetad mi rubor.

—Venid, venid á sentaros en mi trono, juro por el sol que nos alumbra, que sereis mi esposa.

Los dos enamorados se retiraron, y Chupachiripas se fué á su casa diciendo:

—Vamos, que un pavo real, imágen del orgullo, se transforme en mujer, nada tiene de particular; pero que una mujer se transformase en pavo, eso sí que seria mayor milagro.

Entretenido en estas reflexiones llegó á su casa. A la puerta le salió á recibir su esposa Balamita.

—Hola esposo, ya estás de vuelta.

—Ya lo ves esposa mia.

—¿Qué traes debajo de la capa, Chupachiripas?

—Un pavo muy mono, para que lo cenemos esta noche.

—¿Dónde está mi madrastra, que hoy no la he visto aun?

—Es reina de nuestro país.

—¡Reina!

—Reina, Balamita, reina; con cierta superchería ha engañado á Tonto III, que lo ha creído tanto mas cuando que anda por medio el encanto. Y el hechizo de sus facciones, hará el resto.

—¡Será posible! no estás loco, querido?

—Los hombres son tales, que si les dices que crean en una cosa natural dudan, y si se les presenta algo maravilloso lo creen cándidamente. Diles que se ha caído una cáscara de melon al suelo, y hasta que no vean y toquen la cáscara, no creerán el hecho por su misma sencillez; mas diles que un muerto se ha aparecido, que una bruja lee el porvenir y que un pavo se ha transformado en mujer, y lo creerán como si lo estuviesen viendo, por la magnitud de lo acaecido. El hombre se empeña en que su imaginación es un mar, sin considerar que no es mas que un rio, cuya transparencia la permite ver su fondo. La imaginación del hombre no vive entre borrascas, cuyas causas no se esplican, sino del análisis que todo lo emprende y comprende.

—¿Y si el rey se apercibe del engaño?

—No se apercibirá, el amor empieza por capricho y tu madrastra ha aprovechado la oportunidad.

—¿Y si la conocen en la córte?

—Ya lo ha previsto tambien ella, pero es muy poco conocida como recién llegada á esta ciudad.

—Con todo.

—No temas; Truchatronchos se apoderará del ánimo de Tonto III como se apoderó del mio y eso que soy un sábio.

—Tienes razon.

—Además en la córte, la mentira tiene un éxito fabuloso, y la adulación la ayuda; y como el rey saben está encaprichado de su esposa, no habrá un cortesano que no adule á su mujer, tanto mas cuanto que esta mujer se hará temer.

—¿Luego todos creerán el encanto?

—Al menos fingirán que lo creen, pero á nadie se ocultará que el encanto consiste no en ver trasformada una bestia en mujer, sino un hombre en bestia por medio de una mujer.

—Y no la has sugerido tú á mi madrastra la idea?

—En verdad que sí, por librarme de sus enredos, y confío en que un dia el buen rey cansado de su génio la mande cortar la cabeza, pues es mucha su afición á tal desenlace.

—¡Buen encantador estás!

—Hija, los encantadores son unos pillos que viven á costa de los tontos, y los encantos son el anzuelo que ha de picar el pez.

—Ya está la sopa en la mesa, Chupachiripas.

—Bendito sea el ingénio que me libra de una furia, nos dá un pavo, y afirma mi cabeza en los hombros, sin contar con las dádivas que del rey una vez logradas, nos iremos lejos de este país.

—Pobre pavo, continuó Chupachiripas comiéndose un alon; cuando el rey se figuraba que hablabas, infeliz, no sabia que el que hablaba era yo. Mucho argumenta el hombre amenazado con la muerte.

—Muy bien, ¿quieres un traguito?

Bendito sea Dios que me libra de mi suegra y nos dá un pavo, satisfaciendo al mismo tiempo los deseos de S. A., de ser un ave de esa especie.

Chupachiripas estaba loco de contento, y Balamita estaba no menos alegre que él.

Como el sábio lo habia previsto; los cortesanos no pusieron en duda la historia que les contó Tonto III y Truchatronchos.

La dieron entero crédito, en lo que no tuvo poca parte el ascendiente que ya tenia sobre el rey la madrastra de Balamita, y aun hicieron mas; escribieron la historia de los amores del rey conforme á la relacion de la reina. Esta historia es la que aun se conserva tradicional y desfiguradamente en el pueblo, pero la verdadera es la que hemos referido.

La vanidad, esto es, Truchatronchos, y la

necedad, esto es, Tonto III, tuvieron tres hijos.....

Estos tres hijos nos darán materia para otro cuento; por ahora concluiré, hijos míos, diciéndoos, que si ois contar cuentos de encantos, os acordeis de S. A. Tonto III.

Francisco de ESPÍNOLA.

CUENTOS DE LA INFANCIA.

LA HERENCIA.

I.

El niño abandonado.

Era un hermoso día de otoño del año 1850.

El sol caminaba hácia su ocaso, destacando sus últimos reflejos sobre la cima de algunos lejanos montecillos que parecían perderse en lontananza.

La brisa murmuradora de la caída de la tarde acariciaba el ramaje de los corpulentos árboles, que cercaban una lucida casita de campo, situada en las inmediaciones de Granada.

Una Señora anciana, en cuyo rostro se retrataba la envidiable tranquilidad del que siempre ha dirigido sus pasos por el camino del bien; una jóven de quince años, bella como la primera sonrisa de la aurora, y dos criados ancianos eran los que habitaban la modesta casita á que nos referimos.

—Julian—decía la Señora anciana al viejo criado que acababa de entrar en el gabinete que esta generalmente habitaba—¿no ha vuelto aun Luisa?

—La Señorita—respondió Julian—ha ido como todas las tardes, á llevar la comida á la pobre anciana de la cabaña que está al pié del montecillo.

—Me pareció que se retardaba demasiado.

—Cuando yo subía hace un momento, con la cestita de alcachofas, salía con la Señora Gertrudis.

—¿Y cómo ha salido hoy tan tarde?

—La Señora olvida, sin duda, que hoy es sábado.

—Tienes razon, Julian.

—¿Cómo habia de faltar mañana á su querida viejecita la tortita de leche que la regala todos los domingos? ¡vaya!.... Pues si el mes pasado, cuando la Señorita tuvo que hacer camas tres días, la Señora Gertrudis y yo..... si Señora, yo mismo me puse á amasar la harina y á batir los huevos y..... ¡vamos!.... ¡si parecía que habia nacido para eso!.... ¡tal era el gusto con que lo hacia!

—Lo creo, Julian.

—Y luego la Señorita Luisa á la semana siguiente, en premio de mis buenos servicios, me regaló un bonetito y una libretita francesa con anís, hecho todo por su propia mano.

—Era muy justa la recompensa; y tú te pondrias.....

—Mas contento que un chico en día de Noche-buena.

—Dime, Julian, ¿se puso ya bueno el hijo del pastor que vino el otro día?

—¡Ya lo creo! la Señorita le trató á cuerpo de Rey, y como lo que el pobre niño tenia era hambre y frio, el remedio no era muy difícil que digamos.

La pesada y antigua puerta exterior de la casa giró sobre sus goznes.

Un momento despues apareció en el gabinete Luisa, seguida de Gertrudis y de una pintada cabrita, compañera inseparable de la jóven.

—¿Hémos tardado mucho, no es cierto?—preguntó Luisa á la Señora anciana, al mismo tiempo que depositaba un ósculo filial en su frente.

—No, hija mia;—contestó acariciando sus rubios cabellos—pero ya sabes que no estando á mi lado mi impaciencia crece por momentos.

—¡Con qué pagar tanto cariño!—esclamó Luisa abrazándola.

Ya se vé—añadió Gertrudis sonriéndose—como hoy no nos ha ayudado Julian á nuestra tarea ordinaria!....

—Es verdad—contestó este con cierto sentimiento;—y eso que para hacer tortas me pinto solo: ¿No es cierto, Señorita Luisa?

—¡Ya lo creo!

—¡Y si nó que lo diga la viejecita de la baña!—añadió Gertrudis.

—¡Lo bueno siempre gusta!.... no es verdad Lulú?—esclamó Julian acariciando á la hermosa cabrita, que parecía con sus halagos querer tomar parte en tan inocente conversacion.

—¿Y qué dice de su hijo esa pobre mujer?—preguntó la Señora á Luisa que habia tomado asiento á su lado

—Tiene muy buenas noticias, contestó esta con infantil alegría.

—¿Muy buenas noticias?

—Ayer recibió, por fin, una carta de su hijo, en la que la decía que habiendo muerto el capitán de quien era asistente en una refriega contra los faciosos, habia de-

terminado abandonar las armas y venir en su busca: como hace ya mas de un año que habia cumplido!....

—Y como lo único que le detenía ya en el servicio,—añadió Gertrudis—segun dice á su madre, era su antiguo amo, muerto ya este desgraciadamente, no piensa detenerse ni un solo día.

—Añade tambien en la carta—repuso Luisa con cierto misterio—que tiene que cumplir un sagrado deber que le confió su amo en sus últimos momentos, y que es un secreto que no puede aun revelar y del cual depende tambien la tranquilidad de toda su vida.

—¡Un secreto!—esclamó la Señora anciana con impaciente curiosidad—y no dice.....

—Ni una palabra mas.

—Vamos, hija mia;—añadió la anciana levantándose y procurando alejar una vaga idea que habia despertado en su imaginacion:—ya es hora de que, como todas las tardes, bajes á hacer los dos ramos de flores para la Virgen;

hoy antes de recogerlos, tenemos que empezar la novena de Nuestra Señora de Valvanera; yo, entretanto, voy á acabar de rizar las arandelitas de papel para los candeleros.

—Y yo—repuso Julian saliendo con Gertrudis—voy á poner orden en el gallinero.

El crepúsculo vespertino empezaba á estender su opaca luz por el horizonte, dando una sombría tinta

al ameno valle que rodeaba la casita, defendida por los frondosos árboles, cuyas verdes hojas embalsamaban la atmósfera.

Luisa bajó al jardín y empezó á recoger algunas flores para formar los dos ramos que habian de adornar despues el improvisado altar de la Virgen.

Cuando terminó su grata ocupacion, se dirigió maquinalmente hácia la ventana del jardín que estaba á un lado de la puerta de entrada, y se puso á contemplar los mil encantos que la naturaleza presentaba á su vista.

Un débil gemido llegó á sus oídos: fijó sus



El niño abandonado.

rasgados ojos sobre la escalinata que conducía á la puerta, y lanzó un agudo grito.

—¡ Un niño! exclamó sobresaltada.

No bien volvió de su asombro, corrió presurosa hácia la puerta, la abrió y acercándose al canastillo que estaba sobre la escalinata, fijó su vista sobre las hermosas facciones de un niño de corta edad que le tendía sus bracitos como buscando el amparo de que carecía.

Lulú, que nunca abandonaba á su querida ama, empezó también á acariciarle, lamiendo sus tiernas manecitas.

Juliañ, el viejo y honrado criado, que á la sazón pasaba por el jardín, apareció en la puerta demostrando su asombro al contemplar tan estraña escena.

El grito primero que Luisa había lanzado llegó á los oídos de la Señora anciana, que apoyada en el brazo de Gertrudis se dirigía también hácia el jardín.

—La Providencia le ha puesto en nuestras manos!.... —esclamó Luisa enternecida, haciendo señas á Julian para que se acercase.

En efecto, cuando la anciana llegaba con Gertrudis á la entrada del jardín, Luisa y Julian, seguidos de Lulú, volvían ya á él, conduciendo con sumo cuidado el canastillo en que había sido abandonada aquella inocente criatura.

El asombro fué general: nadie podía explicarse tan estraña aparición.

(Se continuará.)

P. Moreno GIL.

PROVERBIOS Y REFRANES.

NUNCA LA LANZA EMBOTÓ LA PLUMA, NI LA PLUMA LA LANZA.

Así lo afirma Cervantes en el cap. XVIII de la primera parte del Quijote, y con este motivo su ilustrado comentador añade:

Como sucedió á Cesar entre los romanos y entre nosotros al rey D. Jaime el Conquistador. Y descendiendo á personas menos ilustres, á

D. Carlos Coloma y á los marqueses de Santa Cruz y de la Victoria.

Garci Laso de la Vega y D. Alonso de Ercilla, ambos fueron ilustres poetas y al mismo tiempo militares valientes.

Ercilla hablando en la Araucana de sus trabajos en la defensa del fuerte de Penco decia:

*La regalada cama en que dormia
Era la humida tierra empantanada
Armado siempre y siempre en ordenanza
La pluma ora en la mano, ora la lanza.*

Y Garci Laso en la égloga dirigida á la condesa de Ureño:

*Entre las armas del sangriento Marte.....
Hurté de tiempo aquesta breve suma,
Tomando ora la espada, ora la pluma.*

V. Joaquin BASTUS.

LE JEUNE SOLDAT.

Jeune soldat, où vas-tu?

Je vais combattre pour la justice, pour la sainte cause des peuples, pour les droits sacrés du genre humain.

Que tes armes soient bénies, jeune soldat!

Jeune soldat, où vas-tu?

Je vais combattre pour délivrer mes frères de l'oppression, pour briser leurs chaînes et les chaînes du monde.

Que tes armes soient bénies, jeune soldat!

Jeune soldat, où vas-tu?

Je vais combattre pour que chacun mange en paix le fruit de son travail; pour sécher les larmes des petits enfants qui demandent du pain, et on leur répond: »Il n'y a plus de pain: on nous a pris ce qui en restait.»

Que tes armes soient bénies, jeune soldat!

Jeune soldat, où vas-tu?

Je vais combattre pour chasser la faim des chaumières, pour ramener dans les familles l'abondance, la sécurité et la joie.

Que tes armes soient bénies, jeune soldat!

Jeune soldat, où vas-tu?

Je vais combattre pour les lois éternelles descendues d'en haut, pour la justice qui protège les droits, pour la charité qui adoucit les maux inévitables.

Que tes armes soient bénies, jeune soldat!

Jeune soldat, où vas-tu?

Je vais combattre pour que tous aient au ciel un Dieu, et une patrie sur la terre.

Que tes armes soient bénies, sept fois bénies, jeune soldat!

ARTE DE BORDAR.

VII.

Al cordoncillo.

El género tiene especies: así el bordado al *trapo* ha dado origen al *cordoncillo*, que algunas veces se confunde con aquel. El segundo se hace de dos modos: cordoncillo de *calado* y cordoncillo de *picado* ó de *sobre-puesto*.

El primero, que se usa para las telas tupidas, se ejecuta así: se *trazan* todas las hojas, y luego se las abre por en medio, cuidando de no cortar hasta la misma estremidad ú orilla del bordado ó *trazado*, y despues se hace sobre el trazado un cordoncillo bien apretado, conservando siempre las formas del dibujo; tambien puede hacerse este bordado sobre telas claras, pero entonces no se abren las hojas, sino que solamente se hace el cordoncillo.

El segundo se efectúa casi de la misma manera, pero tiene ciertas circunstancias accesorias que exigen alguna esplicacion. Sobre el tul ó percal se ponen tiras de percal fino muy suave y flexible, ó de una tela que llaman *jaconás*, en las cuales están los dibujos estampados; se van siguiendo con un cordoncillo muy *apretado* ó *espeso* todos los contornos, las rayas que figuran las venas de las hojas, las flores; *desmóntase* la tela en seguida, y se corta con unas tijeritas finas la que hay entre las flores. Como el percal y el *jaconás* que se le semeja, no son transparentes, la que corta no

puede ver si corta el tul ó la gasa, y así necesita valerse de una atencion y paciencia estremada, especialmente si el dibujo tiene ramilletes ó ramos en que haya muchas hojas dentadas ó con picos, y aproximadas unas á otras. Cuando el hueco que queda entre las flores es bastante grande, se puede sobrelevantar el percal con un alfiler largo ó con una aguja de hacer calceta, y entonces se corta sin miedo á lo largo de dicha aguja. Sea como quiera, suelen cortarse á veces las mallas ó puntos, en cuyo caso se les une de la manera que indicaremos al tratar del modo de coser ó componer los encajes que se rasgan. Y si es en gasa, se hacen unos *zurcidos*, pasando hilos sumamente finos desde un cordoncillo al otro. Esta especie de bordado ha estado en boga poco hace, mas ahora no lo está tanto.

Se juntan ó *igualan* los pedazos de tela bordada, procediendo como se ha dicho para las costuras de la presilla á la turca; y si no es que se reemplace la presilla con un cordoncillo que oculte la parte deshilada de la tela. De este modo se *acoplan* las tres piezas de que consta un gorro.

EPISODIOS DE LA HISTORIA DE ESPAÑA.

ANDALUCIA.

Esta hermosa parte de España, en la que pone Fenelon los campos eliseos, se llamó antiguamente *Bética*, del rio Betis—Guadalquivir—que lo baña. Despues se llamó *Wandalucia* por haberse establecido allí los wandalos, nacion del norte, de lo que ha quedado el de *Andalucia* que ahora tiene.

Los árabes ó moros llamaban á toda España *Andalucia*, haciendo general á la península el nombre de la primera provincia que ocuparon.

Andalucia confina al N. con Castilla la Nueva y Extremadura; al E. con el reino de Murcia; al S. con el Mediterráneo, estrecho de Gibraltar y con parte del mar Atlántico, y al O. con Portugal.

El clima es cálido, aunque templado con las muchas montañas y los aires del mar.

Sus producciones consisten en granos, vinos delicados, aceite, azúcar, algodón, sedas, etc.

Abundan sus montes en minas de diferentes clases, y hermosas canteras de mármoles, jaspes, etc.

Sus caballos son los mas hermosos y gallardos de Europa.

LA MISION DEL HOMBRE.

Vive el bruto feliz teniendo un prado
Que le dé fresca yerba por despojos;
¿Por qué el hombre que es rey de lo creado
Sueña otro mundo que no ven sus ojos?

Si es cual dice la turba descreida
Igual en su mision al bruto, al ave;
¿Por qué al nacer su mente enardecida
De su fin primordial busca la llave?

Y arrebatado fuera de sí mismo
Por la llama voraz que le consume,
De la creacion pregunta al hondo abismo
Por la verdad entera que presume.

Y admirando del sol la ardiente huella,
cuenta los ástros y su curso sigue,
¡Mide los tiempos, y la imágen bella
Del infinito por do quier persigue!

Las obras portentosas de su mente
De su esencia inmortal llevan el sello;
Las sensaciones que su pecho siente
De otra luz superior son el destello.

No sabe á dónde vá, de dónde viene,
Mas una voz escucha delirante
Que un porvenir eterno le previene,
Término justo de mision brillante.

E interroga del hombre los despojos
Que cifras son de la pasada historia,
Y en vano el polvo vil muestra á sus ojos
Que su existencia es breve y transitoria.

No cesa, no, su afan. Estudia, inquiere,
Su nombre por do quier graba orgulloso,
Y á fácil vida de placer prefiere

¡Tumba adornada con laurel hermoso!
Y en alas del saber, propio homicida

Su corteza mortal, torpe, destruye.
¿Por qué gasta los hilos de su vida
Si toda su riqueza constituye?

Bien vé que de la muerte el yugo fiero
El árbol, y la flor, y el bruto oprime;
¿Por qué, pues, él mañana linsojero
Se presenta á sus ojos tan sublime?

¡Mañana siempre! sin cesar mañana
De su vida fugaz dice en agravio,
Y cuando suene la fatal campana
¡Mañana aun, pronunciará su lábio!

¡Todo no muere en él..! Tal vez la sombra
Vivo rayo de sol cauta oscurece,
Mas el foco eternal que el mundo asombra
Porque pierda algun rayo no perece!

En vano esa vil turba te mancilla
Humana raza, que es tu origen santo;
La luz del alma en tu semblante brilla,
De la inmortalidad te cubre el manto.

Pues eres del Señor la obra primera
No sueltes tu corona soberana:
Imita á Dios y en su favor espera,
Por que tras de la tumba está él *mañana!*

Angela GRASSI.

CÁNTICO DE SIMEON.

TRADUCCION.

Ya puedo, ¡oh! gran Señor, morir dichoso
Pues mi deseo al fin se ha realizado;
Hoy veo con espíritu gozoso
Al dulce Salvador que nos has dado:
Para que como un ástro luminoso
Disipe las tinieblas del pecado,
Y haga que en tu fé santa el gentil crea,
Y gloria de Israel tu pueblo sea.

Gregorio LAGO.

PENSAMIENTOS Y MÁXIMAS.

—Los hombres son en un estado como los instrumentos de música en una orquesta; pro-

ducen sonidos mas ó menos agradables segun sean bien ó mal tocados.

—Cada vez que encuentro un pobre reconocido, juzgo que seria generoso si fuese rico.

—Vale mas soportar los infortunios que nos ocurren, que desvelarse por los que pueden sobrevenir por causas independientes de nosotros. Es poca discrecion afligirse de antemano por lo que no está en nuestro arbitrio evitar.

(Swift.)

—El hombre no debiera nunca avergonzarse de confesar sus equivocaciones: pues con esto no hace mas que demostrar que hoy es mas sábio que ayer.

—Así como la llama de una antorcha tiende siempre á elevarse de cualquier manera que se la vuelva, así el hombre cuyo corazon está inflamado por la virtud, en cualquier accidente que le sobrevenga, se dirige siempre al objeto divino que anima su alma.

—Las bellas acciones ocultas, son las mas estimables.

(Pascal.)

—El enemigo mas cruel, es á veces el mas útil censor.

—Una mujer poco limpia no puede llegar á ser hermosa, porque la principal circunstancia de la hermosura es el aseo y la limpieza.

—El que se permite decirlo todo, dá derecho á que se le conteste cualquier cosa.

—La estimacion sería un tesoro inútil si estuviera únicamente reservada para los seres sin imperfecciones. Ella debe prodigarse á todos los que, comparacion hecha, cuentan mas virtudes que vicios.

—Cuando era jóven era solo en el mundo: créime rico cuando hube encontrado un amigo.

(Odin.)

—La falsedad no disgusta menos bajo la máscara de la broma, que cubierta con el espeso velo de la seducccion.

—El honor es como los puntos de la média, que si se rompe uno se corre luego toda.

—¿Si no amais sino á los que os aman, qué recompensa esperais?

(Un filósofo.)

—El egoismo es una especie de vampiro que quiere nutrir su existencia con la existencia de los otros.

LA HUÉRFANA.

Una pobre niña, cuyos padres habian muerto, tenia que ganar su sustento cuidando de los hijos de las personas acomodadas. Un dia que estaba sentada llorando en un rincon, la preguntó su señora.

—«¿Qué tienes, por qué lloras?»

—«¡Ay!»—respondió la niña.—«Cuando recuerdo que se han muerto mis padres, no puedo menos de llorar, pues si vivieran iria á la escuela como otros niños de mi edad y aprenderia muchas cosas, y ahora tengo que crecer como la mala yerba. Además no tengo dinero para pagar los honorarios, y tambien carezco de tiempo, pues le necesito para ga-

narme el pan. De buena gana trabajaria de noche si se me dejára ir de dia á la escuela.»

La señora que tenia muy buen corazon, se conmovió á las súplicas de la niña, y dijo para sí.

—«Me dá lástima de esta pobre niña. Dios nos manda tener compasion de los pobres, y enseñarlos es una de las obras de caridad mas agradables á sus ojos.»



La huérfana.

Desde el dia siguiente envió á la escuela á la pobre niña que aprendió con mucha rapidez y se hizo muy obediente y laboriosa, y no solo no ocasionó ningun disgusto á su bienhechora, sino que la fué muy útil por su buen comportamiento.

José S. BIEDMA

ENIGMA HISTÓRICO.

Explicacion.

CONRADO III.

Conrado III, duque de Franconia, hijo de Federico, duque de Sonabe (Wutemberg),

nació en 1093. Muerto Lotorio III, á quien habia disputado el imperio, todos los magnates y señores se reunieron á su favor, en el año 1138. Enrique de Baviera, llamado el Soberbio, se opuso á su eleccion; pero habiéndole sido confiscados sus bienes, no pudo sobrellevar la desgracia. Welf, tio del difunto, se opuso tambien á la proclamacion de Conrado III, pero fué batido por las tropas imperiales, cerca del castillo de Winsberg, en Baviera.

Remóntase á este reinado el origen de los Guelfos y Gibelinos, tan célebres despues.

Welf y Waibelin eran los gritos de guerra, nombre de los jefes de los dos bandos.

Entonces fué cuando habiendo dado permiso el vencedor para que se llevasen las mujeres lo que mas estimasen; se las vió salir á todas cargadas con sus maridos á las espaldas; y viendo el emperador la bondad de sus corazones, les perdonó á todos.

Su expedicion á Tierra-Santa, fué menos feliz que la de Baviera; unido con Luis XIII de Francia, fueron batidos los dos, y perecieron sus ejércitos de la peste.

De vuelta Conrado á Alemania, murió en 1152, sin haberse podido coronar en Italia.

Le sucedió su sobrino Federico Barbarroja.

CUADRO ICONOLOGICO.

En un sitio agreste, iluminado por la luna, se desliza un criminal con el puñal en la mano, llevando los vestidos y la bolsa de un jóven que acababa de herir y que se está revolcando en su sangre, próximo á morir. Dos ángeles persiguen al culpable, uno lleva una balanza y una espada, y el otro la antorcha de la verdad.

(La explicacion en el próximo número.)

Por lo no firmado: el Director, FAUSTINO BASTÚS.

Editor responsable: D. Marcelino Martínez.

MADRID: 1861.

IMPRESA DEL COLEGIO DE SORDO-MUDOS Y DE CIEGOS,
Turco, 11.



Núm. 19.

10 de Mayo de 1861.

Año I.

LA RESIGNACION.

Si blanco de su encono
os hace la desgracia,
no desmayeis, y el pecho
abrid á la esperanza.



ANTE la desgracia, como ante la muerte, no hay edad, categoría ni privilegio: así hiere su mano la frente de los reyes como el pecho de los mendigos, y así empaña su aliento el brillo de la juventud como deshace la nieve de la vejez.

En la primera edad se camina sobre una alfombra de flores y bajo un cielo tachonado de estrellas; pero llega un dia en que la esperiencia revela al hombre que las flores tienen espinas y el sol ocaso, la tierra precipicios y el cielo tempestades, la fortuna vaivenes, y la vida, en general, sinsabores.

Si el fallo irrevocable de la suerte, ó la injusticia del hombre, destruye la fortuna ó empaña la honra que el cielo os haya concedido en vuestros padres ó en premio de vuestras vigili-
as, ya en la cátedra, ya en el foro, ya en la cabecera del lecho de un enfermo, ya en el campo de batalla, no dudeis, como desgraciadamente acontece, de la Providencia, ó blasfemeis de su santo nombre; no os arrojeis en brazos de la melancolía ó de la desesperacion, porque aquella mina y consume la salud del cuerpo y esta la del alma, sino esperad y creed; pues así como de la sombra surgió la luz, del mal puede surgir el bien, y del mismo modo que desaparece la ventura, desaparece el dolor.

Socrates decia cuando hablaban desfavorablemente de él: «Si lo que de mí se dice es cierto, me servirá en adelante de correctivo; si no lo es, digan lo que quieran, que de mí no se trata.» Su mujer se lamentaba de que le hubiesen condenado á muerte injustamente. «Por ventura, la respondió, ¿querrias que hubiera sido con justicia?»

No menos elocuente es este ejemplo de resignación cristiana que hallamos en la biografía de un célebre bibliófilo cuya biblioteca fué devorada por las llamas en un incendio: «Nada me hubieran servido mis libros, dijo á sus amigos, si no me hubiesen enseñado á acatar los designios del cielo.»

Dignas de esculpirse en mármol nos parecen las palabras de un rey que en nuestro anterior artículo hemos citado, de Felipe II, cuando le participaron que la escuadra que habia mandado contra Inglaterra, conocida en la historia con el nombre de la *Invencible*, habia sido destruida por una tempestad: «Cúmplase la voluntad de Dios, exclamó; yo no habia mandado mis naves á combatir con los elementos, sino con los hombres.»

Pero no á todos ha sido concedida esta presencia de ánimo, ni nosotros aconsejaremos á nuestros tiernos lectores que huyan de la desesperación para caer en la indiferencia, que es la muerte del sentimiento, ó el egoísmo, que es la negación del hombre. Nada mas lejos de nosotros que predicar la insensibilidad; sería exigir á la naturaleza se violentase: lo que á nuestro propósito conviene inculcarles, no tanto por reclamarlo la índole de este periódico como por sentirlo así, es que en la desgracia vean una prueba á que el cielo les somete para probar la fortaleza de su alma, y que si es irreparable la olviden en el seno de la amistad, y si es reparable reconcentren sus fuerzas físicas y morales para hacerla frente. La desesperación no es virtud, es hipocresía ó debilidad, y el desaliento y la duda, hijas suyas, armas que hieren al que las esgrime. ¡A cuántas almas ha lanzado en el averno! La resignación abrió á Job las de la vida eterna.

E. HERNANDEZ.

EL LOBO.

En lo profundo de los bosques, donde las rocas se elevan formando escarpadas murallas, donde se estienden las sombras en toda su os-

cura tranquilidad, y el torrente rueda en su lecho sus furiosas olas, allí disputa el lobo al oso el dominio de las selvas. Sale de allí y atraviesa el desierto espacio, coge la res y persigue al incansable ciervo, espía á las liebres y á las zorras y se apodera de las gallinas. Casi arrastrando se desliza por la ladera del bosque para ver si está seguro: entonces se pone en acecho entre los matorrales, observa al cordero que se separa del rebaño, y no aparta sus ojos del pastor. Llega el momento favorable, dá un salto, coge al cordero y huye con él. El perro le persigue ladrando, pero vá muy despacio y el raptor ha huido ya con su presa á la impenetrable cueva de enmedio del bosque: viéndose allí seguro cae sobre su presa y la hace pedazos. Entonces se dirige por otro lado adonde está el rebaño para sorprenderle de nuevo. Apenas le bastan dos ovejas de una vez. Pero cuanto mas fuerte corre mas ligero, evitando á los animales que le siguen de lejos y con frecuencia le ahuyentan, obligándole á comer topos y ranas. Cuando tiene hambre disputa al cuervo los cuerpos de los animales muertos, desentierra cadáveres, devora yerba y tierra y persigue ahullando su presa: entonces ataca á los viajeros y salta sobre ellos con abierta boca. Aguijoneado por la necesidad sale por la noche del bosque, anda acechando la casa de los pastores, coge las gallinas, hace un hoyo bajo el umbral de la puerta y penetra en el establo, donde degüella ovejas y vacas. Sin hacer caso de la proximidad de los pastores ni de las armas de fuego, coge la presa con sus dientes y huye con ella ó sucumbe lanzando gritos de rabia.

En el rigor del invierno los lobos se reúnen en bandadas, el hambre los conduce á los caminos reales, donde persiguen ahullando á los pasajeros, caen rabiosos sobre los fugitivos, y en cuanto han despedazado y devorado su presa, se dispersan por los campos.

Solo el hambre hace atrevido á este maligno animal y le dá un ciego valor. Cuando está satisfecho es cobarde, teme el cuerno del toro y la herradura del caballo; tiembla al oso que con un golpe de su mano le derriba de es-

paldas, huye de los perros que le cogen y degüellan, dejando empero su presa para pasto de otro lobo. Tan astuto es para sorprender su víctima, tan ligero para cogerla, ciego y cruel para devorarla como cobarde y medroso. Un violin le hace temblar y ahullar, y no se atreve á atacar al que le toca: no confía en su fuerza ni en sus dientes, por lo que le sobresalta hasta el menor peligro. Las paredes le son sospechosas y las redes le cierran el paso: prefiere saltar las zarzas y arroyos. Le estremece el sonido de una cadena, y las chispas de un pedernal ó de un grano de pólvora le ponen en huida.

José S. BIEDMA

COSTUMBRES ROMANAS.

LOS GLADIADORES.

Roma, la señora del mundo, la gran ciudad cuyo poder se extendió sobre los de todos los imperios conocidos, debió quizás su grandeza á unas costumbres miradas hoy como bárbaras, pero que enseñando á sus hijos á contemplar con desprecio é indiferencia la muerte, los conducían al combate con la sonrisa en los lábios; le presenciaban con alegría y formaba uno de los principales placeres. Los hombres no hacen mas que lo que ven; el salvaje, aun en sus mayores rasgos de heroísmo, dejará traslucir cierto viso de crueldad que no puede menos de causar disgusto; el hombre civilizado sabe adorar sus vicios, de manera que lo mas desagradable aparece cubierto con un manto de púrpura, lo mismo que las víctimas de los antiguos eran conducidas al altar adornadas con guirnalda de flores.

Las costumbres son sin duda la causa de la grandeza y decadencia de los imperios; en las de Roma encontramos los gérmenes de su poder y de su caída; mientras la pobreza obligó á los romanos á ser sóbrios en sus festines y espectáculos, marcharon hácia el apogeo de su esplendor, en el instante en que embriaga-

dos por las riquezas abusaron de todo, aquellas mismas costumbres que tanto habian contribuido á su elevacion los hundieron en el abismo.

Triste destino del género humano que camina entre el placer y el dolor, encontrando en ambos el correctivo de su dicha y de sus desgracias.

Amargas reflexiones podria sugerirnos el recuerdo de una de las diversiones á que mas aficionados eran los romanos antiguos, diversiones en que se mezclaba el vino con la sangre, el báquico cantar con el ay! de la muerte, el goce de la vida con los dolores de la agonía, y lo supremo de los placeres con lo supremo de las desgracias.

Las luchas de gladiadores fueron introducidas en Roma por Marco y Decio Junio Bruto para celebrar los funerales de su madre en el año 263 antes de J. C. De aquí se siguió el que mientras se quemaba el cadáver de un hombre célebre tuvieran lugar estos combates, que despues se verificaron en el anfiteatro, y aun se ejecutaban durante los convites. La aficion del pueblo á esta clase de juegos, pues con tal nombre se los conocia, era tan grande, que todo candidato que deseaba obtener sus votos para conseguir alguna dignidad de la República entre otros espectáculos, daba este á los romanos durante tres ó mas dias. Famosos son los que dió César para obtener el Consulado.

Los gladiadores se llamaban así porque solo peleaban con espada *gladium*; luchaban generalmente uno á uno, obteniendo mayor celebridad el que conseguia mayor número de victorias. Se presentaban desnudos y no siempre mataban á su contrario. El gladiador herido podia dejar las armas y levantar el dedo, lo cual equivalia á darse por vencido.

Sobre la vida de este tambien tenia el pueblo derecho, levantando el dedo si queria se le conservase aquella, ó bajándole en su caso contrario.

Los primeros gladiadores fueron esclavos condenados á muerte. Despues tomaron parte en este juego los prisioneros de guerra, y por

último los libertos y otros hombres que le ejecutaban por oficio. Del emperador Commodo se refiere que peleó como gladiador en diferentes ocasiones, contándose lo mismo del César Marcrino. En los primeros siglos del cristianismo se obligaba con frecuencia á los cristianos á pelear unos contra otros. De los gladiadores se

hizo en mas de una ocasion cohortes de soldados, citándose los casos de Marco Antonio, Vitelio y Sertorio, y en los tiempos del imperio llegaron algunos á obtener las primeras dignidades.

Pero detengámonos en esta época en que el pueblo rey marchaba al servil combate salu-



Combate de gladiadores.

dando á su Señor con las degradantes palabras de César, *morituri tibi salutant*, detengámonos en esta época manchada con los crímenes mas horribles, cubramos con un velo la decadencia de aquella sociedad, que solo pudo regenerar un enjambre de bárbaros, en cuya sangre implantó la doctrina del Crucificado los sentimientos mas puros para dar vida á las modernas sociedades, llamadas á superiores destinos, y lanzadas por un esfuerzo supremo á nuevos y mas gloriosos caminos.

M. Ovilo y OTERO.

CUENTOS DE LA INFANCIA.

LA HERENCIA.

(CONTINUACION.)

II.

Al dia siguiente de la estraña aparicion del niño abandonado, la pobre anciana de la cabaña, á quien Luisa visitaba todos los dias, era todo lo feliz que puede ser una madre cuando estrecha entre sus brazos al ingrato hijo, que ausente muchos años del hogar doméstico, vuelve por fin, á anudar los dulces lazos del maternal cariño.

—Juan, hijo mio,—decia la pobre mujer abrazando á su hijo,—¿es posible que la dicha haya vuelto á mi humilde cabaña?

—Es verdad,—esclamó Juan con triste acento;—¡tantos años ausente!....

—Pero ya no te separarás de mi lado, ¿no es cierto, hijo mio?

—Tal vez mi propia desgracia me obligue á ello.

—Habla, Juan,—esclamó sobresaltada la anciana;—me mata ese misterio con que procuras envolver todas tus palabras.

—Un triste deber.....

—¡Un deber!.... ¿hay alguno mayor en el mundo, para un buen hijo, que sostener el peso de la ancianidad de sus padres?

—No, madre mia; quizás mi ausencia será corta.

—¿Con que piensas abandonarme otra vez? ¡oh, no, hijo mio, no! tú no puedes querer que la pobreza y el dolor aceleren los últimos dias de mi existencia.

—Perdon, madre mia; pero mi conciencia.....

—Tu conciencia te acusaria siempre de haber vuelto á abandonar á tu pobre madre.

—¡Oh eso nunca!

—Veinte años han trascurrido desde que te separáste de mi lado ¿y crees que no es tiempo de volver á consolar á la que hace seis años vive sola..... sola en esta miserable cabaña, sin mas recursos que la caridad de esa noble familia, que me socorren todos los dias con una santa limosna?.... Sí, hijo mio; seis años hace que murió tu anciano padre: enferma y pobre he atravesado este período de mi vida, sin mas abrigo en mi soledad que mi pobreza; sin mas consuelo que el de esa angelical Señorita á quien tanto deseas ya conocer!

—Madre mia,—esclamó Juan dejando caer la cabeza sobre el pecho—¿por qué habré sido tan criminal?

—No, hijo mio—añadió la anciana acariciándole; yo pediré á Dios todos los dias que, si algun estravío de tus pasados años inquieta hoy tu imaginacion, te perdone misericordioso como yo te perdono.

—Sí, madre mia; Dios escuchará vuestro ruego; pero antes tengo que cumplir una sagrada obligacion para poder acallar mi remordimiento.

—¿Qué quieres decir?

—Hace poco mas de un mes—añadió Juan con marcado sentimiento—que dominado por una ciega ambicion y siguiendo las mas severas órdenes de aquel á quien por un horrible crimen me habia unido para siempre.....

—¿Un crimen?....

—¡Sí..... un crimen!

—¡Tú, hijo mio!

—La ambicion ahogó todos mis buenos sentimientos.

—Pero ese crimen.....

—Déjeme Vd. acabar, madre mia.

—¡Dios piadoso!

—Unos dias antes de caer herido mi capitán, sobrino carnal de la Señora Baronesa del Valle, escribí directamente á un cómplice nuestro, por orden de mi amo, para que en el término de un mes hiciese desaparecer para siempre á una inocente criatura, único ser que estorbaba ya nuestros planes de ambicion.

—¡Un infanticidio!

—¿No es cierto, madre mia, que eso es horroroso?

—Pero ese horrible atentado.....

—Mañana espira el plazo concedido á ese hombre para cumplir nuestro bárbaro designio.

—¡Oh!

—¡Tal vez será ya tarde!.... pero no; Dios que ha tocado al fin mi corazon, no habrá querido que se realice nuestro proyecto.

—¡Ah!.... ¡vé pronto!.... ¡pronto! y procura evitar ese asesinato si es que en algo aprecias aun la vida de esta pobre anciana.

Un leve ruido hizo volver á entrambos la cabeza.

Luisa apareció en la puerta de la cabaña.

—Señorita Luisa,—esclamó la anciana al ver que esta no pasaba de la puerta,—¡es mi hijo!.... mi pobre Juan que acaba de llegar.

Juan procurando ocultar su emocion, fijó su penetrante mirada en la jóven.

—Mi buena Catalina,—dijo por fin Luisa.

acercándose á la anciana;—me parece que vuestra dicha no es completa: ¿habré venido yo tal vez á interrumpirla?

—¿Usted, Señorita?

—¡Los ángeles engrandecen y alegran siempre todo cuanto les rodea!—añadió Juan descubriéndose respetuosamente.

Luisa saludó á Juan con una celestial sonrisa.

—Hace tiempo—continuó este—que mi buena madre hubiera muerto en la miseria si su noble corazón no la hubiera tendido una mano generosa: ¡oh!.... crea Vd. que mi reconocimiento será eterno.

—Su madre de Vd. es acreedora á toda clase de sacrificios.

—¡Señorita Luisa!....—esclamó enternecida la anciana.

—¡Llora Vd.?

—La dicha muchas veces.....

—Es verdad.

—Juan..... hijo mio..... añadió Catalina con impaciencia, tiempo tendremos de demostrar á esta Señorita la gratitud que encierran nuestros corazones; ahora..... no olvides que esa pobre criatura reclama tu apoyo..... que tal vez ese niño.....

—¿Un niño?.... preguntó Luisa vivamente.

Juan cambió con su madre una mirada de inteligencia y se dirigió hácia la puerta de la cabaña.

—Un momento;—añadió Luisa deteniéndole;—han hablado Vds. de una criatura, y no sé por qué me dice el corazón que no debo ocultar el extraño incidente que tuvo lugar ayer en nuestra casa.

—¡Un incidente!

—Hable Vd., Señorita.

—Ayer tarde me encontraba yo en el jardín, recogiendo algunas flores, cuando un débil gemido de un tierno niño llegó cariñosamente á mis oídos: me dirigí á la ventana, y en la escalinata de piedra que está delante de la puerta encontramos Julian y yo á un hermoso niño envuelto dentro de un canastillo de mimbres.

—¡Dios mio!....—esclamó Juan mirando

con asombro á su madre;—y ese niño... ¿respiraba aun?

—Sí.

—¡Abandonado!.... tal vez tuvo miedo..... ¡como yo!.... ¡oh!....

—No comprendo.....

—Dispéñeme Vd. Señorita; la ciudad dista poco y mi presencia en Granada es hoy tan necesaria como la de Vd. al lado de esa tierna criatura.

Y sin pronunciar mas palabra salió precipitadamente de la cabaña.

III.

LA VELADA.

Cuando Luisa llegó á su modesta casita de campo ya habia anochecido.

Gertrudis que habia ido á buscarla á la cabaña habia subido tambien con ella.

Un momento despues cerraba Julian la pesada puerta que daba al campo, pues toda la familia se hallaba ya reunida dentro de la casa.

La noche era tranquila y apacible.

Gertrudis y Julian conversaban familiarmente sobre la estraña aparicion del niño, en la antesala que daba paso al gabinete de la Señora anciana, que ocupada en domésticos quehaceres estaba sentada delante de una mesa, alumbrada por los tibios reflejos de un antiguo quinqué.

Luisa ocupaba igualmente su asiento al lado de la mesa.

Cerca de esta aparecia tambien la humilde cuna de mimbres, donde dormitaba tranquilamente el hermoso niño que, en su cruel abandono habia encontrado los dulces cuidados de una nueva familia tan caritativa como cariñosa.

Lulú, la pintada cabrita, no habia bajado con su ama á la cabaña como todos los dias: su puesto era ya otro. Luisa con ese dulce lenguaje que hace sonreír á las flores y obedecer á los animales habia indicado á su fiel compañera que no abandonase al inocente niño, objeto ya de todos los cuidados.

Apenas vió Luisa á la anciana Señora que le servia de madre, la refirió cuanto habia pasado en la cabaña con el hijo de Catalina.

Su asombro crecia gradualmente, segun adelantaba Luisa la conversacion.

—¿Y dices que ha partido á la ciudad?— preguntó aquella con viva curiosidad.

—Si Señora.

—Hija mia, —añadió la anciana despues de algunos momentos de silencio;— no sé por qué una voz secreta me dice que la aparicion de ese niño y la oscura revelacion de ese hombre está íntimamente relacionada con una antigua historia de la que solo conozco desgraciadamente algunos detalles.

—Y no podria yo saber...

—Tú... ¡hija mia! —añadió la anciana, procurando ocultar una lágrima con maternal cariño.

—¡Ah... comprendo!.... exclamó Luisa sollozando; tal vez esa historia envuelva un triste recuerdo sobre mi oscura existencia.

—No pienses en eso, hija mia.

—Jamás me hubiera atrevido á abrir mis lábios para preguntaros lo que hace tiempo entristece mi alma; pero hoy que creo haber demostrado con filial cariño, que mi felicidad no puede existir lejos de Vd., hoy que mi agradecimiento ha echado hondas raices, hoy que por un extraño incidente hemos despertado ese triste recuerdo; hoy..... quisiera preguntar á mi buena protectora si algun dia conoció á los queridos séres á quien debo mi existencia.

—¡Luisa!

—Perdóneme Vd. si he podido herir su sen-

sible corazon con esta pregunta;—añadió Luisa echándose en sus brazos.

—¿No sabes, hija mia, que tus lábios no pueden pronunciar ni una sola palabra que pueda lastimar mi acendrado cariño?

—Por eso me he atrevido á despertar hoy en mi imaginacion esa triste idea. Hasta hace poco tiempo no he pensado jamás en otra cosa que en escuchar sus dulces consejos, en aprovechar la esmerada educacion que me ha dado Vd., dirigiendo mi corazon en mis infantiles años, en rodear mi niñez con los juguetes de la infancia, con la belleza de las flores y con las tiernas caricias del ser á quien debo todo... todo menos el primer suspiro de mi existencia.

—Tienes razon, Luisa; tu edad reclama hoy una revelacion grata ó funesta; pero esa revelacion..... ese secreto que rodea tu cuna...

—¡Oh!..... ¡por piedad!

—¡Luisa!

—¡Una palabra mas!

—Lo ignoro, hija mia.

—¡Ah!

Un religioso silencio sucedió á esta última palabra.

El reloj marcaba ya las nueve de la noche.

Un golpe seco resonó en la puerta exterior de la casa.

Algunos instantes despues apareció Julian pálido y desencajado, por el ciego temor que embargaba sus sentidos.

—Señora..... Señora.....

—¿Qué hay?.... ¿quién llama á estas horas?....

—Un hombre envuelto en un capa muy lar-



La velada.

ga..... dice que si no abro va á echar la puerta abajo y..... y yo creo que es un fantasma..... un.....

Otro segundo golpe, mas fuerte aun que el primero, resonó en la habitacion.

Luisa, que desde que entró Julian solo escuchaba entre sus reprimidos sollozos la pena que nacia del fondo de su alma, levantó la cabeza, enjugó sus lágrimas, y dirigiéndose hácia la puerta, dijo con voz fuerte y serena.

—Será *algun desgraciado* que necesitará nuestro amparo.

Y se dirigió con paso firme hácia la escalera, seguida del pobre Julian que temblaba de piés á cabeza.

(Se continuará.)

P. Moreno GIL.

LA FLAUTA MARAVILLOSA.

APÓLOGO.

Pocos libros hay tan útiles como las crónicas antiguas, cualquiera que sea el asunto de que traten.

Antiguamente no se escribía un libro sin el laudable objeto de *decir algo*; de encerrar en él una verdad, dar un consejo, destruir un error ó consignar un descubrimiento.

Así como las casas y las tierras en cultivo eran apreciadas por la renta que daban á sus dueños, así los libros se estimaban por las saludables máximas que contenian. Estas eran el producto porque se justipreciaban aquellas.

El siglo XIX no habia enseñado aun que el arte de escribir libros podia ser una profesion, y que era dable hacer libros llenos de palabras, los que sin la combinacion de ellas encerrasen ninguna utilidad para el lector.

Por esta razon soy yo grandemente partidario de los libros añejos y me acerco á ellos donde quiera que los veo, sin que me inspiren temor la espesa capa de polvo que los cubre, ni el color amarillento de las hojas, ni el olor de humedad que suelen exhalar.

Y como la gratitud es una virtud que no rechazan ni aun las cosas inanimadas, jamás he abierto uno de esos libros sin sacar de ellos alguna utilidad verdadera.

Por esta razon me ha ocurrido á mí muchas veces el comparar á los padres, en relacion á sus hijos, con los libros viejos.

Siempre la frase lenta, cariñosa y benévola del padre, cayendo una á una de sus bondadosos lábios con la majestad que le presta sus canas, lleva un gran caudal de calma, de inteligencia y de reflexion á la acalorada mente del hijo.

El hijo que ponga en duda esta gran verdad, será porque no haya adquirido la santa costumbre de ver en el autor de sus dias, aquella autoridad que se apoya en la naturaleza y en la religion, en la esperiencia y la ternura.

Quiendude de esta verdad, en suma, será un mal hijo y no podrá aspirar á ser un buen padre.

Decia, pues, que amo entrañablemente los libros viejos y dejo espuestas algunas de las razones que tengo que sentirlo así.

Ultimamente he tropezado con uno de ellos, perfectamente desconocido para mí.

¿Qué libro es ese? No puedo decíroslo.

El irrespetuoso diente de los ratones, y acaso la voráz polilla en combinacion con la humedad, habian destruido sus primeras hojas.

¡Efectos lamentables de la ingratitud!....

Un libro lleno de laudables máximas, dejado en tal abandono, que dentro de pocos dias habrá dejado de existir!....

Hé aquí una de las muchas cosas que entre sus carcomidos fólidos hallé.

En tiempos antiguos, muy antiguos; tanto, que el corazon del hombre estaba virgen de una mitad de los vicios que hoy lo agitan, veíase, no se donde, una estensísima llanura, perfectamente cultivada. Todos los productos vegetales del mundo estaban allí representados: Europa, Asia, Africa y América, cedieron el privilegio de sus frutos á aquella feráz y riquísima comarca.

Dicha llanura estaba limitada al Norte por un ancho y caudaloso rio, cuyas apacibles y

cristalinas aguas bajaban mansamente en demanda del Océano; ese inmenso receptáculo que la Providencia ha concedido á todos los manantiales que fecundizan la tierra.

Sobre la orilla derecha de ese rio, y usurpando una leve parte de su estension á la feracísima llanura, se alzaba una populosa ciudad, blanca como el armiño, compuesta de anchas y rectas calles.

Las espaciosas casas estaban llenas de moradores, hombres dados á la agricultura, como origen esclusivo del bienestar y de la opulencia de que gozaban.

En aquella ciudad, cuyo nombre no menciona la crónica, á guisa de castigo, sin duda, no se conocian los mendigos: todos trabajaban, y como nada hay mas fecundo que el trabajo prudentemente invertido, todos participaban de la ámplia cosecha de aquellos terrenos.

La prosperidad adquirida por sanos medios, es un gran elemento de felicidad; así pues, todos los moradores de aquella ciudad vivian felices; tanto mas cuanto que ningun feo delito agitaba sus conciencias.

A pesar de esto, como nada de cuanto en la tierra existe puede alcanzar la extrema perfeccion, pues lo contrario seria usurpar sus fueros á la Providencia, parece que hubieron de cometer un crimen; un gran crimen, que tampoco sé en qué consistió.

Lo cierto es, que la consumacion de ese crimen les valió un gran castigo.

¡Una plaga de animales roedores que devoraron las cosechas!

Antes de pasar adelante, debo hacer una aclaracion.

He hablado con grande elogio de los libros antiguos por las bellas cosas que contienen; pero sépase que entre ellas suelen encontrarse algunas que nó elogio, sino censura, y muy acre, merecen.

La crónica á que me refiero habla del gran crimen cometido por los moradores de la ciudad; pero no relata cuál fuera aquel. Debemos creer que el autor del libro lo ignoraba.

Supongamos que el tal autor se encontró

con la noticia de la plaga de animales roedores, y que teniendo presente la inagotable bondad de la Providencia, se dijo: «¡Esto no puede ser mas que un castigo!» «¡Luego, debieron cometer una gran falta!»

¡Sábío modo de discurrir, sin duda!.... Pero, me he dicho yo cuando hube leído todo el suceso: ¿No pudo ser *una prueba* en vez de *un castigo*, la aparicion de aquella plaga?....»

El lector vá á juzgar quién tiene más razon: si el autor de la crónica ó el de estas líneas.

La pérdida de las cosechas causó gran consternacion; pero como eran muchos los años de abundancia que iban pasados, el mal no fué grande.

Todos encontraron en sus almacenes repuesto bastante para esperar, sin someterse á privaciones, las siguientes cosechas.

Pero ¡cosa estraña!.... cuando la dorada espiga llamaba la hoz del segador, y cuando la sazónada uva decia que era llegada la hora de la vendimia, aparecieron de nuevo los animales roedores, y las cosechas desaparecieron miserablemente.

El tercer año se repitió esta calamidad, y los buques que periódicamente acudian á recoger el sobrante de los productos de aquella feraz comarca para llevarlos á otras casi estériles y necesitadas, huyeron del puerto para nunca mas volver.

Las aguas del rio pasaban murmurando tristemente de aquel abandono.

Con la abundancia reinaba la alegría; con la escasez llegó la tristeza. Luego apareció la miseria con su séquito de robos y asesinatos.

Los labradores, sin embargo, acudian á sus faenas; labraban las tierras; el sudor de sus tostadas frentes humedecia cada uno de los surcos que iban abriendo: luego brotaban las espigas, el campo se cubria de una verde y aterciopelada alfombra, retoñaban los árboles y flores y frutos encantaban el olfato y la mirada.

Pero la plaga de animales roedores aparecia invariablemente, como salida de las entrañas de la tierra, y el desaliento y la miseria se aumentaban entre los moradores de la ciudad.

El hambre causó muchas, muchas víctimas; y entonces, reunidos en el muelle, acordaron los moradores abandonar la ciudad maldita.

Tomada esta determinación, iban á dirigirse á sus casas para hacer los preparativos necesarios, cuando con gran sorpresa de todos vieron llegar á un anciano de elevada estatura, luengas canas, bondadoso semblante y ropas tales.

Nadie le conocía.

Pero lo particular del caso consistía, en que el anciano llegaba á la ciudad, cruzando el río y marchando por encima de las aguas con idéntica seguridad que si pisára sobre el duro pavimento del muelle.

El viejo hizo un ademán indicando que iba á hablar y que quería ser oído.

Todos callaron.

—Sé, dijo con acento dulce y vibrante que llegó á los oídos de toda aquella muchedumbre de mendigos, la causa que os obliga á abandonar vuestros lares; y os traigo el remedio del mal que os aflige.

—¡Hablad! ¡Hablad! gritaron todos.

—Yo os libraré para siempre de esa plaga que os ha arruinado, pero en cambio habreis de darme.....

—¡Cuánto queráis! gritaron todos rodeándole con el mayor júbilo.

—¡La mitad de nuestras cosechas será vuestra! dijeron unos.

—¡Las tres cuartas partes! dijeron otros.

—¡Tomaremos lo indispensable para vivir, y vos dispondreis de lo demás! gritó la mayor parte.

Cuando se hubo restablecido el silencio, volvió á oírse la voz dulce y cariñosa del anciano venerable.

—¡No! dijo. Solo quiero que cada uno de vosotros lleve á mi morada, pues vengo á establecerme entre vosotros, un grano de trigo ó de cebada de su cosecha.

—¡Eso es poco! Eso es poco!

—¡No quiero mas!

—¡Sereis obedecido! gritaron llenos de admiración; mas destruid esa plaga que nos devora.

El anciano se arrodilló y oró, como si tratara de decir al pueblo:

—«¡ Todo beneficio viene de Dios!»

El pueblo imitó maquinalmente al anciano de luengas y blancas barbas.

Cinco minutos despues se levantó este y dijo:

—Quedaos todos aquí, pero abridme ancho paso.

Obedecieron, pues, y el anciano se dirigió desde el muelle á la puerta de la ciudad que daba salida al campo.

Cuando hubo llegado á dicha puerta, se detuvo y añadió:

—No os movais, esperadme del mismo modo que estais ahora.

Y desapareció.

El pueblo, que llenaba las aceras de la ancha calle, obedeció ciegamente y esperó.

¿Qué iba á suceder?....

Una hora despues oyeron los melodiosos sonidos de una flauta: solo que sus notas eran tan dulces al par que penetrantes, que flotaban en el aire como una caricia, y llevaban la tranquilidad á todos los corazones.

Aquella música se aproximaba lentamente...

¿Quién es el maravilloso tocador de flauta? se preguntaron todos....

De pronto apareció por donde habia salido el anciano misterioso.

(Se continuará.)

Felipe CARRASCO de MOLINA.

EPISODIOS DE LA HISTORIA DE ESPAÑA.

ASTURIAS.

Esta provincia de España confina al N. con el mar cantábrico; al E. con las montañas de Santander; al S. con el reino de Leon, y al O. con Galicia.

El clima en general es lluvioso y bastante frío, aunque algo mas templado en la costa. Su terreno es muy quebrado y poblado de bosques, que abundan en madera de construcción, plantas medicinales, caza y pastos, con que se

mantiene mucho ganado, que es uno de los ramos de comercio de aquel Principado.

Produce pocos granos, pero si castañas, avellanas y manzanas, de las que hacen mucha c dra.

Sus costas abundan de pesca.

Tiene minas de carbon de piedra, de antimonio y de otros minerales.

Su capital, Oviedo, es muy antigua: en su convento de Benedictinos escribió sus obras, y murió el célebre Feijoo, honor de la literatura española.

El principado de Asturias es célebre en la historia. Sus habitantes fueron los últimos en doblar el cuello al yugo romano.

En sus escarpadas rocas fué donde se conservó durante la invasion sarracena el nombre español, y de los que capitaneados por el valiente Pelayo, descendieron aquellos esforzados españoles que hicieron repasar á los moros el estrecho Gaditano.

El título de *príncipe de Asturias*, que tiene el hijo primogénito del rey de España, fué acordado en las Córtes celebradas por el rey Juan I en la villa de Bribiesca el año 1388, y el primero que le tomó fué su hijo Enrique III.

ARTE DE BORDAR.

VIII.

Al tambor ó aguja, por otro nombre de cadeneta.

Como este género de bordado ha tomado su nombre de los utensilios con que se ejecuta, nos vemos en la precision de describirlos, pero conformándonos con las mudanzas que el tiempo ha introducido en el primero; por cuyas mudanzas no hablaremos del tambor ó bastidor redondo, puesto que le han sustituido al presente los bastidores cuadrados ó cuadrilongos. La aguja de bordar no ha sufrido variedad alguna.

La *aguja de bordar* es una aguja que tiene

una de sus estremidades cuadrada ó aplanada, y que termina en la opuesta por un ganchito destinado á enganchar la seda ó algodón con que se borda. Se la introduce ó fija en un palillero de marfil ó de oro, de modo que se pueda sacar y meter, y mudar otra cuando se quiera. A este fin el manguito ó palillero de marfil, de unas cuatro ó cinco pulgadas de largo, está longitudinalmente y en direccion seguida de su eje, taladrado con un agujero, en el que entra libremente la parte cuadrada de la aguja, la cual penetra en él profundamente, indicando la parte no pulimentada de la aguja hasta qué punto puede introducirse. Otro agujerito colocado lateralmente, cruzando al primero, á la mitad de la longitud del cual corresponde este, sirve para contener una llavecita ó tornillo cuya punta interior penetra en el agujero longitudinal; y la exterior está guarnecida de un boton con el que se da vueltas al tornillo para sacarle ó meterle mas ó menos, segun se quiera. Es muy fácil de comprender el uso de este tornillo, pues cuando la estremidad superior cuadrada de la aguja está introducida en el agujero de suerte que el ganchillo esté fuera, entonces se aprieta el tornillo para que entre mas y asegure la aguja, comprimiéndola contra la pared interior del agujero longitudinal, y cuando se quiera sacar la aguja, se da vueltas á la llavecita en sentido *opuesto*.

La parte superior del palillero de marfil está hueca en forma de estuche, y sirve de alfiletero para guardar las agujas de repuesto, cuyo alfiletero se cierra con su tapa de tornillo ó de rosca. Esta misma tapa tiene en la parte superior otra rosca, en la cual se mete una pieccecita *cónica* tambien hueca que forma aun otra tapita, la cual se coloca allí para que no se estravie ó estorbe en otro lado; pero ya se conoce que su destino verdadero no es en aquel sitio, sino en otro, donde hace mas al caso. Este es en la parte inferior del palillero por donde se introduce la aguja; en dicha estremidad hay otra rosca, y aquí es donde se adapta la tapita de que hablamos, luego que se ha dejado el trabajo, para que la parte de la aguja

que sale fuera del palillero quede dentro de esta tapita y la preserve de algun golpe, impida que rasgue la tela, etc., etc.

El *bastidor* se compone de cinco partes, que se arman y desarman segun se quiere. Estos son el pié ó piés del bastidor, ó sean banquillos; las dos *barretas* de roble, que tienen bastantes agujeros para meter en ellos clavijas, y sirven de traviesas á las varas ó palos mas largos del bastidor, que se llaman *banzos*, á los cuales se clava una tira de tela muy gruesa, á que se da el nombre de *propienda*.

Esta se clava en la madera por sus dos orillas reunidas, debiendo quedar de dos ó tres pulgadas de ancho. Las *barretas* deben pasar por una especie de tableta redondeada por las estremidades, y se introducen en la *mortaja* ó caja hecha en los banzos ó varas; la tablita se asegura en el pié ó banquillo del bastidor por medio de una clavija de tornillo, á fin de que se la pueda dar la inclinacion que se quiera. Fijada de este modo la tablita en medio de las dichas cajas ó *muescas*, se pasan las estremidades de las barretas por las cajas hechas en los banzos, y se mete una clavija en el agujero de la *barreta* que se halla mas próximo ó arrimado á dichos banzos, segun hay que adelantarse mas ó menos la clavija despues de acomodada y estirada la tela. Pero cuando aun no está tendida ni cosida, y solo se meten las barretas ó listones en los banzos para coserla, entonces se aproximan dichos banzos mas entre sí, para coserla con mas comodidad á las tiras llamadas *propiendas*. Dispuesto así el *bastidor*, se pasa á preparar la tela, y si lo permite, se almidona. Cuando tiene picos ó cualquiera otra figura por la cual entre mas en unas partes que en otras, ó está cortada al sesgo, se suple con pedazos de tela ó de red, porque debe presentar una haz seguida y continuada. Lo comun es dejar la tela entre sus dos orillas, y á lo largo de estas (que de ordinario corresponden á las barretas) se cose una cinta ancha de hilo, agujereada de trecho en trecho, y se da á esto el nombre de *galonear*. Tambien se ha suplido al galon haciendo un enrejado ó *bastas*, esto es, unas puntadas largas

y anudadas con bramante delgado ó hilo de cartas, á lo largo de las orillas ó del pedazo que las sustituye y que corresponde hácia las barretas. Esta última operacion exige que la tela sea bastante tupida y fuerte, pues de lo contrario se iria tras de la puntada del bramante al pasar los cordones por los lacitos que forman estas puntadas de enrejado ó *bastas*, y al sacarlos ó tirar de ellos. Este método es mas cómodo cuando las barretas están guarnecidas ú orilladas, como sucede algunas veces, de ganchitos de hierro que reciben los lacitos de bramante; pero es menester que la tela se cosa todo á lo largo del bastidor, á fin de que los lacitos del bastido se aproximen á los ganchos para que puedan estos asirlos. Sin embargo, es mas comun servirse del galon agujereado, por cuyos agujeros se pasan cordones que se estiran lo que se quiere.

BEAU TRAIT DE GÉNÉROSITÉ.

Thomson, l'auteur du poëme de Saisons, ne jouit pas tout de suite d'une fortune égale à son mérite et à sa reputation. Dans le tems même où ses ouvrages avaient la plus grande vogue, il était réduit aux extrémités les plus désagréables. Il avait été forcé de faire beaucoup de dettes: un de ses créanciers, immédiatement après la publication de son poëme des Saisons, le fit arrêter, dans l'espérance d'être bientôt payé par le libraire. M. Quin, comédien, apprit le malheur de Thomson: il ne le connaissait que par son poëme, et ne se bornant pas à le plaindre, comme une infinité de gens riches et en état de le secourir, il se rendit chez le bailli où Thomson avait été conduit. Il obtint facilement la permission de le voir. « Monsieur, » lui dit-il, « je ne crois pas avoir l'honneur d'être connu de vous, me mon nom est Quin. » Le poëte lui répondit que, quoiqu'il ne le connût pas personnellement, son nom et son mérite ne lui étaient pas étrangers. Quin le pria de lui permettre de souper avec et lui de ne pas trouver mauvais qu'il eût fait apprêter quel-

ques plats. Le repas fut gai. Lorsque le dessert fut arrivé: «Parlons d'affaires à présent,» lui dit Quin, «en voici le moment. Vous êtes mon créancier, monsieur Thomson; je vous dois cent livres sterling et je viens vous le payer!» Thomson prit un air grave et se plaignit de ce qu'od abussait de son infortune por venit l'insulter. «Sur mon honneur,» reprit le comédien, «ce n'est pas mon intention; voilà un billet de banque qui prouvera ma sincérité. A l'égard de la dette que j'acquitte, voici comment elle a été contractée; j'ai lu l'autre jour votre poème des Saisons; le plaisir qu'il m'a fait méritait ma reconnaissance: il m'est venu dans l'idée que puisque j'avais quelques biens

dans le monde, je devais faire mon testament, et laisser de petits legs à ceux à qui j'avais des obligations. En conséquence, j'ai légué cent livres à l'auteur du poème de Saisons. Ce matin j'ai ouï dire que vous étiez dans cette maison, et j'ai imaginé que je pouvais aussi bien me donner le plaisir de vous payer mon legs pendant qu'il vous serait utile, que de laisser ce soin à mon exécuteur testamentaire, qui n'aurait peut-être l'occasion de s'en acquitter que lorsque vous n'en auriez plus besoin.»

Un présent fait de cette manière et dans une pareille circonstance, ne pouvait manquer d'être accepté, et il le fut avec beaucoup de reconnaissance.



La gallina ciega.

LA GALLINA CIEGA.

Varios niños un día,
Como su edad traviosos,
A la gallina ciega
Jugaban muy contentos.
Nueve años tiene Flora,
Y catorce Guillermo,
Doce la linda Adela,
Ocho ha cumplido Diego,
Y siete cuenta Carlos,
Que es el mas pequeñuelo.
Asidos de las manos
Forman corro y el centro,

Bien vendados los ojos
Con un fino pañuelo,
Lo ocupa el mayorcito
Por ley de buen gobierno,
Que le tocó la china
Al comenzar el juego.
Armado de una caña,
Como un rey de su cetro,
—Ande la rueda—dice
Con ademan resuelto.
Apenas dan dos vueltas
Y á sus pasos atento,
—Pare la rueda—grita
Con imperioso ceño,
Y la caña inclinando

Hacia el lado derecho
 La toma al punto Flora
 Por el contrario extremo,
 La risa á duras penas
 Trémula conteniendo.
 —Miii—pregunta el tapado,
 —Miii—le responden quedo,
 Y esta farsa gatuna
 Tres veces repitiendo,
 —Es Adelita—esclama,
 Y le contestan ellos:
 —Ande otra vez la rueda
 Que no acertaste, nécio.—
 Y para mas chasquearle
 La rueda deshaciendo
 Cada cual por su lado
 Campa por su respeto.
 Él lo conoce y dice:
 —Muy bien—así os quiero,
 Mas pronto he de atraparos
 Ahora que correis sueltos.
 Despues de un largo rato
 De sustos y tropiezos,
 En que ágiles se escapan
 Cuando es mayor el riesgo,
 Coge á Adela y la nombra
 Quitándose el pañuelo.
 Amoscada la niña
 Dice airada—no juego—
 Que estabas mal tapado
 Y acertaste por eso:
 Por eso me seguías
 Por todo el aposento.
 —Escucha mi sistema
 Le replica Guillermo.—
 Privado de la vista
 Puede muy bien un ciego
 De los otros sentidos
 Servirse con acierto.
 Si mi *olfato* percibe
 El aroma ligero
 Con que Flora perfuma
 Sus dorados cabellos,
 Que está cerca la niña
 Ninguna duda tengo.
 Cuando á un muchacho cojo
 Y se me escurre artero

Dejándome en la mano
 Un diminuto objeto,
 A mis lábios lo aplico,
 Por si es chasco lo pruebo,
 Y el *gusto* me demuestra
 Que apesé un caramelo.
 —De quién será?—Ya caigo,
 El mas goloso es Diego.
 Si al pegarme en la espalda
 A otro muchacho pesco,
 Tócole bien, le palpo;
 Por su rizado pelo
 Me manifiesta el *tacto*
 Que es Carlitos el preso;
 Y como por tan chico
 Fuera escaso trofeo,
 Despues de asegurarme
 Que se escape le dejo.
 El crujir de la seda
 De tu vestido nuevo,
 Dice á mi *oído*, Adela,
 Donde encontrarte puedo:
 Y con tanta fortuna
 Se logró mi deseo,
 Que al estender los brazos
 Presa te tuve en ellos:
 Dije tu caro nombre,
 Y al descubrirme luego
 La *vista* ha confirmado
 Que mi juicio fué cierto.

Un Escolar.

LA VIOLETA.

EN EL ALBUM DE LA APRECIABLE SEÑORITA DOÑA
 DOLORES LOPEZ MATEOS.

Ven á mi seno, ven, violeta mia:
 Tú inspiraste á mi mente la poesía
 Y si abrigo virtud y dulce calma
 Es porque tú lo diste á mi alma.

Hay una sencilla flor
 Que se esconde recatada;
 Porque vé que su hermosura
 Ni seduce ni arrebatá.

Y silenciosa y tranquila
Vive humilde y solitaria,
Sin pretensiones, ni orgullo,
Ni afán de lucir sus galas.

Anuncia la primavera
Apenas el hielo acaba,
Cual mensajera del bien,
Cual el iris de bonanza.

Para los seres vulgares
Es esta flor delicada,
Una pobre yerbecilla
Que se dejó sin cuidarla.

Y es que en el mundo que estamos
Hay corazones sin alma,
Que no saben comprender
El valor de joya tanta.

Mas preguntadle á un poeta
Qué flor es la que le agrada
Y os dirá cuál entre todas
Es la flor de su esperanza.

Que es la violeta su encanto,
El sueño que le embriaga,
El aire que le adormece,
Y su inspiración sagrada.

Decidle á un joven artista
Que al bosque por flores vaya
Y vereis que la violeta
Es la que elige entre tantas.

Pues hay en ella un perfume,
Una esencia tan extraña,
Que tiene su origen puro
En el Dios que la creara.

El aliento de una virgen
Cuando á Dios sus votos alza,
No debe ser mas suave
Que esta esencia delicada.

Por eso su tierno amor
Le ofrecen las grandes almas;
Pues en verdad no ha nacido
Para seres que no aman.

Mucho esta flor se parece
A la joven pura y casta,
Que vive con sus virtudes
Siempre humilde y retirada.

Y que unida á la modestia
Como si fuese su hermana,
Jamás hace ostentación
De belleza, ni de gracias.

Que es en verdad oro falso
Aquel que el orgullo empaña
Y acrisolado y brillante
El que la modestia guarda.

Consérvala tú, Dolores;
Porque esta joya preciada,
Es el adorno mas lindo,
La mas riquísima gala.

Y sabe que tus virtudes
Del mundo son envidiadas
Y que Dios desde los cielos
Bendice la virtud santa.

Rogelia LEON.

PENSAMIENTOS Y MÁXIMAS.

—La mala fortuna, es la piedra de toque de la amistad.

—La limosna que se dá por orgullo, halaga la vanidad; pero ni Dios ni el pobre la agradecen. La que se dá por compromiso, ni halaga al Supremo, ni sirve al corazón. La que se dá por sentimiento de caridad verdadera, es un lazo de union con el Todopoderoso, una satisfaccion para el alma de indefinible encanto.

—Si piensas en el suicidio alguna vez, procura dormir un rato antes, y al despertar te horrorizarás de tí mismo, arrojando con desprecio tan descabellado propósito.

—Casi tan ciego es el que no puede ver lo que ambiciona su fantasía, como el que realmente carece de vista.

—Por amigo que sea un amigo, no le digas mas que aquello que á tí mismo puedas contarte sin rubor.

—Hacer misterios de lo que nada tiene en sí de particular, es confesarse reo sin causa.

—Los primeros desengaños de la vida hacen verter lágrimas de acerbo desconsuelo.

Los segundos hacen profundas heridas en el corazón.

Los terceros son lecciones únicamente que se curan con el indiferentismo.

—Dudar de cosas divinas, es hacerse el hombre el ser mas desgraciado de la tierra;

porque no encuentra refugio en presencia de las injurias humanas.

—Todas las personas de talento dan excelentes consejos á los demás, que rara vez saben utilizar para sí mismos.

CUADRO ICONOLOGICO.

Explicacion.

EL CRÍMEN, LA VENGANZA Y LA JUSTICIA.

Huyendo de la luz del dia y de los parajes habitados, busca el criminal, para librarse de la venganza de los hombres y acallar su conciencia, los sitios solitarios y la lobreguez de la noche; pero la luna descubre su atentado y su huida. Como pruebas de su crimen, lleva un puñal en la mano y los despojos del desgraciado que acaba de asesinar; creyéndose perseguido no cesa de correr y huir.

En efecto, dos ángeles se interponen á su paso: la justicia, que con una mano pesa las acciones de los hombres, y castiga con la otra sus faltas; y la venganza que arroja sobre la cabeza del culpable la antorcha luminosa de la acusacion.

ENIGMA HISTÓRICO.

HISTORIA DE PORTUGAL: SIGLO XVI.

Un poeta portugués naufragó al volver de *Goa*, no llevando á la playa mas riqueza que un poema que salvó agarrado con los dientes, mientras con los brazos libraba el cuerpo de las olas enemigas.

(La explicacion en el próximo número.)

Por lo no firmado: el Director, FÁUSTINO BASTÚS.

Editor responsable: D. Marcelino Martínez.

MADRID: 1861.

IMPRESA DEL COLEGIO DE SORDO-MUDOS Y DE CIEGOS,
Turco, 11.



EL RESPETO.

Honra en la tierra á tus padres como á la imágen de Dios, y serás para tus hijos objeto de adoracion.

Si quereis llegar al término de la vida sin mancha en la conciencia, escuchad y seguid los consejos de vuestros padres.

Despreciarlos, amenazarlos, levantarles la mano, es un crimen, un sacrilegio, que Dios castiga de una manera terrible, como lo declara un hecho que en una de sus obras refiere un Padre de la Iglesia. En Capadocia, y al cuidado de su madre, vivian siete varones y tres hembras. Un dia, el mayor, arrebatado por su carácter, llenóla de injurias y la abofeteó el semblante, sin que ninguno de sus hermanos, que presen-

tes estaban, le reprendiese ni lo estorbase. La madre sin ventura, herida en el fondo del alma, fuera de sí, llamó en su auxilio al cielo, y el cielo derramó sobre sus frentes un cúmulo de infortunios; devorados por la lepra, y acosados por el hambre, recorrieron la superficie de la tierra, entre el odio y el horror de sus semejantes, no entre la piedad y la conmiseracion.— «Yo les conocí, añade San Agustin; aprended en su ejemplo á respetar y honrar á vuestros padres, porque está escrito que la bendicion del padre afirma y robustece en sus cimientos la casa del hijo, y que la maldicion de la madre la desquicia y destruye.»

Y los castigos temporales, comparados con los que impone el autor y vengador de la autoridad paternal, son lo que una chispa junto á un volcan, ó un grano de arena junto á una montaña. ¿A quién amará y honrará el hombre que desoye el grito de la naturaleza? Por Dios está este deber escrito en el fondo del alma.

Ya hemos visto cómo castiga su infraccion; veamos cómo premia su cumplimiento, para

vergüenza de los hijos ingratos y estímulo de los que no lo sean.

En China fué condenado á muerte un hombre por crímenes en el ejercicio de la magistratura, y su hijo, arrojándose á las plantas de sus jueces, ofrecióles su vida en cambio de la suya. El mandarin, conmovido profundamente, participó al emperador proposición tan singular, y este, no menos afectado, perdonó á padre é hijo, en uso de su prerogativa.

No es menos notable este rasgo de amor y abnegación filial.

Una mujer quedó viuda con tres hijos, cuyo trabajo apenas bastaba al sostenimiento común. El espectáculo de los padecimientos y las privaciones de su madre, inspiróles la idea de entregar á la justicia, dos de ellos, al otro, que designaría la suerte, suponiendo que era un célebre bandido, por cuya captura se ofrecía una fuerte suma. Designó la suerte al tercero, que se dejó maniatar y conducir, como si fuera lo que fingía, á presencia de un magistrado, y luego á un calabozo, previa la entrega de la suma á sus hermanos. Estos, trascurridos algunos días, hallaron manera de introducirse en la prisión, y, creyéndose solos, abrazaron al prisionero con visibles muestras de cariño; pero habíales seguido el alcaide, que comunicó lo ocurrido al magistrado, y de dato en dato, de inducción en inducción, se vino en conocimiento de la verdad. Puesto el preso en libertad, él y sus hermanos fueron presentados al rey, que les colmó de alabanzas y les concedió una pensión, en recompensa de su heroicidad.

Hoy hombres, y los encontrareis en el camino de la vida, que, hijos de la nada, conquistan un rango, un nombre en el mundo, no siempre premio de sus talentos ó de sus servicios, y se avergüenzan de sus padres, por creerles inferiores á ellos. No de quien han nacido, de haber nacido debieran avergonzarse. ¡Oh! vosotros no les imitareis. La verdadera grandeza no estriba en la fortuna ni en las distinciones humanas, sino en la rectitud, en la generosidad, en la elevación de los sentimientos: tema el que olvida á su padre y á su madre porque

se agita en alta esfera, que Dios no le olvide á él porque no está en la suya.

Sí; lo que hagais con vuestros padres, harán con vosotros vuestros hijos: si les honrais y respetais, sereis honrados y respetados: si les maltratais y escarneceis, sereis maltratados y escarnecidos.—«Deteneos, dijo un padre á sus hijos, que le arrastraban por los cabellos; yo no arrastré á mi padre mas que hasta aquí.»

E. HERNANDEZ.

LOS NIÑOS VIAJEROS.

SEVILLA.

En la madrugada de un hermoso día de primavera, todo el mundo se hallaba en movimiento en una casa de la plaza de las Tendillas, en Córdoba; y aquel movimiento indicaba un viaje, á juzgar por las voluminosas maletas que dos criados se preparaban á conducir. Don Claudio, el dueño de aquella casa, uno de los mas ricos hacendados de Andalucía, hombre de carácter jovial y decididor, se encasquetaba su gorra de camino, hablando con su antiguo amigo D. Manuel, que hacia pocos días habia llegado á Córdoba, con su hijo Enrique, con quien habia recorrido ya casi toda España. Estimulado por el ejemplo de su amigo, D. Claudio se habia decidido á acompañarle en la escursión que aquel pensaba hacer por algunas ciudades de Andalucía, visitando así al propio tiempo las posesiones que tenia en Sevilla, Cádiz, Málaga, Huelva, y aun en algunos puntos de Extremadura, y que, entregadas á manos mercenarias, reclamaban imperiosamente la presencia de su dueño.

Mientras que los dos amigos discutían el itinerario que se proponían seguir, Enrique ayudaba á hacer sus preparativos á la graciosa Carlota, hija única de D. Claudio, la cual era poco mas ó menos de la misma edad que aquel niño.

—¡Tú ya estás listo! decía Carlota, ¡y á mí me falta tanto todavía!

—Cuando uno tiene costumbre de viajar, respondía muy formal Enrique, hace sus preparativos en un momento y piensa además en llevar todo lo necesario. Vamos á ver, ¿qué llevas tú para hacer boca?

—¿Yo? Nada.

—Pues yo llevo en mi bolsa de viaje bizcochos y otras golosinas, que partiremos para los dos.

—Muchas gracias: eres muy amable.

Cuando todo estuvo dispuesto, los dos padres, acompañados de sus hijos, que los precedían alegremente, se dirigieron á la estación del ferro-carril, donde tuvieron ya que esperar muy poco para la salida del primer tren.

Instalados en un cómodo carruaje de primera clase, el agudo silbato de la locomotora dió la señal de partir, y aumentándose la velocidad del tren á medida que se alejaba de la estación, á los veinte minutos estaban en frente de otra de segundo orden.

—¿Qué pueblo es este? preguntó Enrique.

—Villarrubias, contestó inmediatamente Carlota; le conozco porque mi papá me trajo á él cuando se abrió al público el ferro-carril. Los demás pueblos por donde tenemos que pasar no los he visto ni sé tampoco sus nombres.

—Los demás pueblos, dijo D. Claudio, son Almodóvar, Posadas, Hornachuelos, Palma, Peñafior, Lora del Rio, Carmona, Tocina, Brenes y la Rinconada, próximos algunos al ferro-carril, viéndose otros á cierta distancia de las estaciones.

—¿Y hay mucho hasta Sevilla? preguntó Carlota.

—Hay ciento treinta kilómetros, respondió D. Manuel, que recorreremos en cuatro horas, á pesar de las paradas en las estaciones.

En efecto, á la siete y media habian salido de Córdoba, y á las once y media llegaron á Sevilla.

—Observad, dijo D. Manuel á los niños, qué hermosa situación tiene esta ciudad, en esta dilatada llanura y á la izquierda del Guadalquivir.

—Querra Vd. decir en las dos orillas papá, se permitió observar Enrique, porque en aquella otra orilla tambien se ven muchas casas.

—Aquel es el barrio de Triana, uno de los arrabales de la poblacion: la ciudad se halla toda hácia esta parte y tiene quince puertas, siendo las principales la de Triana, la Macarena, la nueva de San Fernando y la de Jeréz.

Entraron en la ciudad y los padres fueron haciendo notar á sus hijos que muchas de las calles conservan aun la forma estrecha y tortuosa que les dieron los árabes, aunque algunas están reformadas, y las casas son generalmente de buena apariencia, con patios entoldados y rodeados de macetas, que sirven de salas en el verano, hallándose iluminados de noche por preciosas farolas.

D. Claudio tenia en Sevilla casa propia, donde se reservaba una hermosa habitacion para las veces que solia ir á aquella ciudad. Habia enviado con anticipacion algunos criados y todo estaba dispuesto para recibirlos. Almorzaron opíparamente, bien á pesar de los dos niños que, gracias á los bizcochos y á los dulces del provisor Enrique, no tenian apetito y deseaban lo primero recorrer la ciudad; pero D. Claudio declaró que su estómago exigia imperiosamente que la primera visita fuese al almuerzo, y no hubo mas remedio que conformarse.

Despues se dirigieron todos á ver la Catedral.

—Ved, dijo D. Manuel, que agradable impresion produce descollando sobre otra multitud de torrecillas, esa elevada torre, llamada *la Giralda*, por ser el nombre que dá el vulgo á la grande estatua de la Fé, que sirve de veleta jiratoria, torre que fué empezada á construir por un moro en el año de 1000. Este magnífico templo ha sido embellecido por los diversos géneros de arquitectura llamados gótico, germano, greco-romano, árabe y plateresco: su planta es un cuadrilongo y tiene nueve puertas. Entremos y vereis qué profundo sentimiento religioso inspira esta hermosa iglesia, con sus cinco naves divididas por treinta y seis columnas que figuran grupos de palmas, con sus 93 vidrieras de colores; con su soberbio retablo del altar mayor, de madera de aloe, con delicados adornos del gusto gótico y su taberná-

culo de plata dorada. Esta es la capilla llamada *Real*, cuya entrada está formada como veis, por un arco de 87 piés de altura, con doce estatuas y esa efigie de San Fernando á caballo, que está sobre la reja, que sirve de puerta, es de un tamaño mayor que natural: esos sepulcros que veis en ella, son los de los reyes D. Alonso el Sábio y Doña Beatriz. Tambien se halla en una urna de plata el cuerpo de San Fernando. Vamos recorriendo las otras capillas, que son treinta y siete, y en todas vereis

preciosos cuadros de Murillo, Zurbaran, Valdés, Alonso, Cano, los Herreras y otros, y en la sacristia mayor admiraremos el *Descendimiento*, del maestro Campaña. Pasemos ahora á la sala capitular que es de forma elíptica y bellissimo aspecto, y habremos visto ya lo mas notable que contiene la Catedral.

Tanto se detuvieron en esto, que hubieron de volverse á su casa sin poder ver mas de la ciudad.

En los dias siguientes vieron la *Audiencia*;



Sevilla.

las *Atarazanas*, donde antiguamente se construian galeras y otros bajeles de guerra; el *Palacio arzobispal*, con una gran fachada de estilo plateresco, aunque no de buen gusto; el *Consulado*, construido por planos de Herrera; las *Casas consistoriales*, bastante buenas; la *Casa de Pilatos ó Palacio de San Andrés*, con magnífica fachada de mármol; la *Casa de los Taveras*, donde estuvo la Inquisicion; la columna llamada del *Triunfo* y el *Alcázar*, fundado por los árabes y habitado luego por los monarcas de Castilla, especialmente por D. Pedro el Cruel, que le convirtió en un grandioso edificio con estensos jardines.

Salian tambien con frecuencia á los alrededores de la ciudad; ya al puerto sobre el Guadalquivir, ya hasta la antigua y esbelta *Torre*

del Oro. ¡Con qué placer corrian los dos niños por aquellos deliciosos paseos!

J. M. de LARREA.

LA FLAUTA MARAVILLOSA.

APÓLOGO.

(CONCLUSION.)

¡Era él quien tocaba la flauta! Pero una flauta de plata, admirablemente cincelada, tan primorosa que no parecia obra de los hombres.

Mas habia en todo aquello algo de tan sorprendente, que nadie ha sabido explicarlo aun.

Era tan poderoso el atractivo de aquella mú-

sica, que todos los animales roedores acudieron, rodearon al anciano y le siguieron.

Este se encaminó á la poblacion y atravesó la ciudad por entre la asombrada multitud.

En pos de él marchaban agrupados y ocupando una estension de muchas varas, millones de animalejos negros, feos y asquerosos.....

Los asombrados moradores, no lo estaban tanto que muchos de ellos no sintieran deseos de aplastar con los piés á algunos de aquellos viles insectos, causa de su miseria y sus padecimientos.

Pero el hombre misterioso habia recomendado la quietud, la inmovilidad; y fué obedecido.

El anciano se aproximaba al muelle sin cesar de tocar su maravillosa flauta.

Los animalejos le seguian mansamente.

En esto se cubrió el cielo de nubes, el viento sopló con violencia, las mansas aguas del rio se ennegrecieron y agitaron. La corriente centuplicó su violencia.

El Océano rugia á lo lejos.

El anciano llegó á la orilla del muelle.

¡Cosa singular!

En lugar de detenerse, siguió marchando sobre las aguas como si pisara sobre un pavimento invisible.

Mas no sucedia lo propio á los animales roedores.

Apenas caian al agua, los arrebatava la corriente.

Y como la flauta seguia sonando y aquella música era la voluntad que los empujaba adelante, todos cayeron al rio.

¡Y todos se ahogaron!!...

El anciano volvió á cruzar el rio, y entró en en la ciudad, cuyos moradores le recibieron con grandes aclamaciones y le condujeron en triunfo hasta la casa que le habian destinado para alojamiento.

El año siguiente la cosecha fué tan abundante en toda clase de frutos como jamás se habia conocido.

El pueblo pagó su tributo llorando de agradecimiento.

El segundo año sucedió lo propio; mas hubo

dos individuos que olvidaron llevar al anciano su grano de trigo.

El tercer año fueron cuatro los olvidadizos, y como el anciano no se quejaba, y era muy molesto el tener que andar dos ó trescientos pasos para llevar una uva ó una guinda, á el año siguiente fué grandísimo el número de los que no pagaron.

A los ocho años el buen anciano no recogió mas que ocho granos de trigo, una breva, una piña y una col.

Entonces se presentó á la autoridad; esta reunió á todos los moradores y el anciano hizo presente su queja.

La mayor parte de ellos dijeron.

—Yo os daré hoy una cesta de uvas y os habré pagado para muchos años.

—Yo os entregaré una fanega de cebada.

—Yo un celemin de trigo.

—Yo un quintal de patatas.....

—¡No, contestó el anciano! Yo os he cumplido lo que ofrecí; cumplid vosotros tambien.

—¡Bueno, cumpliremos! dijeron cabizbajos.

El primer año siguiente no pagaron el tributo mas que la mitad.

El segundo, la tercera parte.

El tercero, la cuarta.

El cuarto, algunos.

El quinto, ninguno.

El anciano se dirigió de nuevo á la autoridad y dijo:

—Convocad de nuevo á todos los moradores.

Sonó la gran campana y todos los habitantes de la ciudad, viejos y jóvenes, hombres y mujeres, adultos y niños; acudieron.

—¡Escuchadme! dijo el anciano con aquella voz que penetraba los corazones.

—Cuando yo vine á buscaros ibais á abandonar vuestra ciudad natal: ¿es verdad?

—¡Sí!

—Una horrible plaga os habia sumido en la miseria; ¿es verdad?

—¡Sí!

—Yo os ofrecí devolveros la prosperidad; ¿es verdad?

—¡Sí!

—La recompensa que pedí era tan insignificante, que no podiais dar crédito á mis palabras; ¿es verdad?

—¡Sí!

—¿Destruí la plaga que os devoraba?

—¡Sí!

—¿Os devolví la prosperidad?

—¡Sí!

—¿No sois más felices y opulentos que nunca?

—¡Sí!

—¿No me debeis á mí todo eso?

—¡Sí!

—¿No habeis olvidado todos llevarme el grano de trigo ó la fruta de su cosecha que os exigí en premio de tantos beneficios como os dispensé?

—¡Sí! contestaron tristemente.

—Pues bien; ¡oidme! Si habeis dejado de pagarme el leve tributo que os impuse, no es porque seais avaros.....

—¡No, no! dijeron todos.

—¡Sino porque sois ingratos!

Nadie contestó.

—Y como la ingratitud es el mas despreciable, el mas repugnante, el mas odioso de todos los vicios, yo no puedo consentir que exista un pueblo de ingratos que corromperia á todo el mundo.

¡Mirad!

Al decir esto aparecieron en la fachada de una gran casa que hacía frente al muelle unas grandes letras que decian:

¡CIUDAD DE LA INGRATITUD!

—¡No, no! gritaron todos llorando... ¡Nosotros os pagaremos puntualmente! ¡Borrad esas palabras! Perdonadnos!

—¡Es tarde, ingratos! dijo el anciano con aquella voz vibrante que todos conocian, y que les recordaba tantos beneficios recibidos: ¡Seguidme!..... ¡Seguidme!....

El anciano sacó la maravillosa flauta de plata que ya conocian, y empezó á tocarla al mismo tiempo que se dirigia al rio.

Entonces los ingratos se sintieron como po-

seidos de un vértigo; pareciales que en cada uno de ellos habia dos voluntades adversas entre sí: una que los impulsaba á no seguir al anciano, y otra que venciendo á aquella los empujaba en pos de la flauta de plata.....

Al propio tiempo el cielo se cubria de nubes, el aire soplaba con violencia, las aguas del rio se ennegrecian y agitaban; la corriente centuplicaba su fuerza, y el Océano rugia á lo lejos.

Los ingratos, andaban, andaban en pos del viejo, arrastrados por una fuerza sobre humana, y conforme se aproximaban al rio creian ver aquella procesion de animales roedores, que empujados por una voluntad superior los habia hecho arrojar al rio y ahogarse; querian retroceder y no podian; querian pararse, y los sonidos de la flauta los hacia dirigirse al rio.

El anciano llegó á la última losa del muelle y puso un pié sobre las aguas!

—¡Perdon, gritaron todos!

Pero el anciano no oyó aquel grito y siguió andando.

Los primeros que le seguian cayeron al agua y la corriente los arrebató.....

Lo mismo sucedió con los segundos y terceros.....

Y todos, todos cayeron al agua, y todos se iban ahogando.

Era ya de noche: aquel letrero seguia brillando como si estuviera escrito con fuego!.... ¡Oscilaba como si flotase en los aires, y decia: *Ciudad de los ingratos!*

Pero el anciano estendió la mano hácia la ciudad; la flauta dejó de oirse.

Un solo morador, que ya caia al agua, pudo agarrarse á una cuerda y salvarse.

Miró á la casa grande del muelle y vió con sorpresa que el letrero habia sido sustituido por otro, que decia:

¡CASTIGO DE LOS INGRATOS!

El anciano habia desaparecido. Pero en la ciudad quedó un ingrato.

Y ved cómo se ha reproducido hoy y cuántos ingratos pueblan el mundo!....

¿Tardará mucho en reaparecer el anciano de la flauta de plata, de luenga barba y ropas talares?....

Desechemos la ingratitud de nuestros corazones, y habremos evitado aquel tremendo castigo.

Ahora bien: ese resultado no explica que el pueblo aquel pudo no cometer ningún crimen, y que todo ello se redujo á una, tal vez, prueba á que el cielo quiso someterlo?

Pues bien; los que vivimos felices y alegres en la prosperidad, soportemos con resignacion los males que el cielo nos envia, pues quizás sea una prueba en la que resultemos ingratos y merecedores del horrible castigo que dejo mencionado.

Felipe CARRASCO de MOLINA.

CUENTOS DE LA INFANCIA.

LA HERENCIA.

(CONTINUACION.)

IV.

Los dos Cómplices.

Al separarse Juan de la cabaña de su anciana madre, se dirigió presurosamente hácia la ciudad.

En uno de los barrios mas pobres de Granada, vivia un hombre de unos cuarenta años de edad, en cuyo semblante estaba retratada la astucia y la ambicion: ningún sentimiento noble y generoso animaba su corazón, empedernido por el vil interés: el oro era el sueño dorado que alimentaba su ser y nada le importaban los medios con tal de alcanzar el fin que se habia propuesto de enriquecerse.

Juan atravesó con ligero paso la ciudad y sin detenerse un solo momento se acercó á la puerta de una casa, de modesta apariencia, que se alzaba en medio del barrio que hemos indicado. Levantó el aldabon de la puerta, pero una mano fuerte y vigorosa le detuvo.

Juan volvió la cabeza y se encontró con el hombre que buscaba.

—No te molestes Juan,—dijo el desconocido sonriéndose;—en esa casa no vive nadie mas que yo y llamarias en valde.

—Entremos, sin embargo,—añadió Juan con cierto imperio;—este sitio no es el mejor para el asunto que vamos á tratar.

—Ya lo comprendo—repuso el desconocido abriendo la puerta;—cualquiera creeria que te esperaba, ¿no es verdad?

—Entremos.

—Pues sí, Juan; tu tardanza me empezaba á inquietar.

—Cierra y escucha.

—Eres discreto.

—Subamos á tu habitacion.

—¿Con que tenemos que hablar?

—Sí.

—¡Me agradan tan poco las conversaciones!....

—Es preciso.

—Ya te sigo.

Juan que por lo visto conocia perfectamente la casa, se dirigió por una tortuosa y estrecha escalera que comunicaba con una habitacion interior, cuyo mueblaje consistia en un antiguo arcon de madera con chapas de hierro, una mesa de pino y algunas sillas de paja medio desvencijadas.

—Sentémonos—dijo Juan arrastrando una silla hácia él.

—Segun eso..... el asunto vá despacio?....

—añadió el desconocido imitando á Juan:—te suplico la brevedad.

—No estoy para perder mucho tiempo

Un breve silencio sucedió á estas palabras.

Ambos se dirigieron una penetrante mirada.

—¿Dónde está el niño?—dijo por fin Juan apagando la voz.

—Ha desaparecido—contestó el interpelado con aplomo, sin apartar sus pequeños ojos de su confidente, del cual empezaba sin duda á recelar.

—¿Te pregunto que dónde está el niño?—añadió Juan con marcada espresion.

—Ya te he dicho que ha desaparecido.

—¿Para siempre?

El desconocido le dirigió una maligna sonrisa, descubriendo despues el pomo del puñal que sobresalía del bolsillo de su chaqueta.

—¿Piensas engañarme?

—Creo que á nada conduciría.

—Te pregunto por última vez que dónde está el niño?

—Y yo por última vez te contesto que he cumplido exactamente tus órdenes.

—¡Eres un infame impostor!

—Como tú quieras.

—¿Crees acaso que ignoro.....

—¿El qué?

—He seguido tus pasos.

—¿Y bien?.....

—La vida de ese niño me interesa hoy, y vas á devolvérmele,—añadió Juan levantándose.

—Imposible.

—¡Miserable!..... exclamó Juan descubriendo entre los pliegues de su capa un pistolete de bolsillo.

El desconocido permaneció inmóvil.

—Vengo á proponerte un negocio—repuso Juan despues de una breve pausa, procurando calmar su exaltacion y tomando otra vez asiento: me consta que ese niño vive y por una extraña casualidad sé el sitio donde le has depositado.

—¡Pues mucho saber es!

—Ya te he dicho que he seguido tus pasos.

—Tambien lo encuentro difícil.

—¿Es decir que no me crees?

—Pudiera ser.

—Está bien—añadió Juan levantándose segunda vez—mañana sabrás el resultado del paso que acabo de dar; te he querido proponer un arreglo... ¿y no quieres aceptarlo?..... Bien.

El desconocido se encogió de hombros.

—¿Piensas acaso,—continuó Juan—que no he recordado mas de una vez lo que, en iguales circunstancias, realizamos juntos hace quince años? Yo queria matar aquella infeliz criatura y tu me dijiste: «algun dia tal vez pueda valerme mucho el secreto de su vida,.....» y detuviste mi brazo.

—Sí, pero despues.....

—Despues una torpeza tuya ó algun oculto proyecto, que jamás pu le hacer que me revelaras, hizo que perdiésemos á aquella niña y..... pero en fin ya nos ocuparemos tambien de ese asunto. Ahora solo nos importa la vida de ese niño á quien afortunadamente no has querido matar, tal vez por las mismas razones que hace quince años, y á quien has abandonado al pié de la escalinata de la casa de campo que está junto á la cabaña de mi madre.

El desconocido demostró su sorpresa al escuchar estas palabras.

—Ya ves que conozco tu secreto;—añadió Juan confirmando sus sospechas;—esto es lo que mas me interesa, pero aun necesitaba de tí y por eso habia venido á proponerte.....

—Veamos esa proposicion.

—Quinientos pesos te ha valido la desaparicion de ese niño.....

—De los cuales solo he recibido trescientos.

—Hé aquí el resto—añadió Juan sacando un bolsillo.

—Si te hubieras explicado así desde el principio..... nos hubiéramos entendido.

—Pues bien, mañana á las ocho nos veremos en este sitio: y si á esa hora tienes en tu poder el niño, añadiré doble suma á este bolsillo y te le entregaré; de lo contrario.....

—Estamos convenidos: mañana á las ocho estará á tu disposicion.

—¡Ah, no me habia engañado!..... ¡el niño vive!..... ¡yo le salvaré!—exclamó Juan en voz baja ocultando su alegría.

Un momento despues, Juan salía de aquella casa con el placer de haber llegado á tiempo de evitar un nuevo crimen.

V.

La enferma del castillo.

A un cuarto de legua de la cabaña de Gertrudis alzabase un viejo castillo, pálida sombra ya del señorío feudal de la edad media.

Este castillo perteneció á la Baronesa del Valle.

Después que Juan salió de la casa de su antiguo confidente, se acercó á un embozado que al parecer le estaba esperando á la vuelta de una callejuela, de donde se veía perfectamente la puerta por donde Juan acababa de salir.

—Todo está arreglado,—dijo este al embozado en voz baja;—es preciso seguir los pasos de ese hombre; no olvides nada de cuanto te he advertido; dentro de una hora estaré á vuestro lado.

Y sin pronunciar mas palabra se dirigió por la calle inmediata, en dirección á la Alhambra, de donde se distinguía el castillo de la baronesa.

El embozado permanecía inmóvil en su puesto.

Cuando Juan se encontró fuera de la ciudad, la noche envolvía ya con su negro manto los alrededores de los viejos muros

de la antigua fortaleza, hácia donde él dirigía sus pasos.

Hallábase á la sazón postrada en su lecho la noble baronesa, en cuya pálida frente se retrataba el dolor de su angustiosa enfermedad.

Un religioso silencio, interrumpido solamente por sus continuos sollozos, rodeaba la modesta habitación que ocupaba hacia seis meses.

Medio año había trascurrido en efecto desde que recibió la fatal noticia de la muerte de su esposo, que, habiendo emprendido un largo viaje á la Habana con el objeto de arreglar varios asuntos de familia, había naufragado cerca ya de América.

Después de este infausto acontecimiento, la

baronesa había sufrido nuevos pesares que acibaraban mas cada día su penosa existencia.

A los pocos días de haberse ausentado su esposo, dió á luz un hermoso niño; fué madre segunda vez, pero como la primera hicieron pedazos su corazón al poco tiempo.

Su hijo había desaparecido también, siendo inútiles cuantas pesquisas se habían hecho para averiguar su paradero.

Desde entonces la enfermedad de la barone-

sa se había agravado por instantes; apartada del lujo que adornaba su palacio, se había retirado á una modesta habitación que estaba en un ala del castillo, donde reinaba la soledad, dulce consuelo que en vano intentaba buscar á sus dolores.

La fiebre se aumentaba de día en día: su imaginación se afanaba inútil-

mente por hallar la causa de aquella desaparición tan estraña como dolorosa.

Un antiguo reloj de pared señalaba las primeras horas de la noche.

La puerta de la alcoba giró sobre sus goznes. La baronesa alzó la cabeza, y vió á su lado á su única camarera, que, pálida y temblorosa, apenas se atrevía á fijar los ojos en su señora.

—¿Qué quieres, Adela? dijo la baronesa con apagado acento; ¡te encuentro inmutada!..... ¿Me amenaza alguna nueva desgracia?..... ¡Ya sería imposible!..... ¡He perdido todo cuanto podía apetecer en el mundo!

—Señora, contestó Adela temblando, no soy



La Baronesa.

digna de vuestro aprecio... ¡Cuántos sinsabores podía yo haber evitado si el temor no hubiera apagado mi voz!

—¿Por qué me recuerdas tan triste escena?

—Es verdad; pero no puedo olvidar un momento que si las fuerzas no me hubieran abandonado, solo yo podía haberle salvado.

—Nada hubieras conseguido.

—¡Oh! ¡Sí, sí!... ¡Yo tengo la culpa de todo! exclamó Adela arrodillándose delante de la cama; todos hubieran acudido á mis voces..... y entonces no lo hubieran arrebatado de mis brazos.

—¡Oh!... no, Adela; tal vez hubieras pagado con la vida tu temeridad.

—Pero á mí debería su salvacion.

—¡Adela!...

—Sí, sí; necesito vuestro perdon para tranquilizar mi conciencia.

—¡Silencio, Adela! añadió incorporándose la baronesa; creí sentir pasos en esa pieza inmediata.

—¡Ah! es verdad, lo habia olvidado; repuso Adela queriéndose levantar.

—¡No... no te apartes de mi lado! exclamó con temor la baronesa fijando sus ojos en la puerta de la alcoba; ¿quién está ahí?

—Un hombre que desea hablaros un momento.

—¿A mí?

—Sí, señora.

—¿A estas horas?

—Dice que tiene que comunicaros una noticia de mucha importancia.

—¿Y nada me habias dicho?

—Es cierto; hace dias que mi cabeza está débil, y solo pienso en esa triste idea que acabará por enloquecerme.

—Pero ¿nada te ha indicado del objeto de esta entrevista?

—Nada; dice que es un secreto que solo puede revelaros personalmente.

—¡Dios mio!... ¡Qué grata esperanza conmueve mi corazon!

—¿Qué le digo?

—¡Adelante!... gritó la baronesa sin soltar las manos de Adela.

Un hombre se presentó en el umbral de la puerta de la alcoba.

Su semblante aparecia tranquilo, pero su palidez era mortal.

(Se continuará.)

P. Moreno GIL.

PROVERBIOS Y REFRANES.

YA TIENE EL PRACTICO A BORDO.

Expresion con la que, particularmente entre marinos, se espresa que una persona está muy mala y que tiene ya cerca de sí ó en la cabecera de la cama al confesor ó padre espiritual que debe auxiliarle en la agonía ó tremendo lance de salir de este mundo; á la manera que el práctico que se suele tomar y pasa á bordo de una embarcacion para dirigirla y auxiliarla en su entrada ó salida del puerto.

V. Joaquin BASTUS.

EL JACINTO.

Emilia estaba muy afligida porque el invierno duraba mucho, pues era aficionada á las flores y tenia un jardin, donde criaba por sí misma algunas muy hermosas. Por esto deseaba la venida de la primavera y la conclusion del invierno. Pero un dia la dijo su padre.

—Mira, Emilia, te he traído una cebolla de flor, mas tienes que criarla con mucho cuidado.

—¿Cómo puedo hacerlo, padre mio, contestó la niña, si mi jardin está cubierto de nieve, y la tierra está tan dura como una piedra?

Habló de esta manera porque no sabia que se pueden criar flores en redomas y nunca lo habia visto. Pero su padre le dió una redomita con agua, y Emilia colocó la simiente dentro. Sin embargo, miraba á su padre riéndose y dudando si la hablaba con seriedad. Pues se la figuraba que las flores necesitaban del azul

del cielo y los céfiros de la primavera, y que no podían crecer entre sus manos, porque en su pueril sencillez no conocía la fuerza que encierran las simientes.

Pasados algunos días se abrió la cebolla y comenzaron á asomar sus puntas algunas hojitas verdes. Alegre Emilia anunció á su padre y á su madre y á toda la casa el nacimiento de la nueva planta. Pero su madre dijo:

—¡Cuán poco necesita el corazón para regocijarse mientras permanece fiel á la naturaleza!

Entonces mudó Emilia el agua á la planta y sonrió con placer al contemplarla.

Después la miró su padre y la dijo:

—Bien, hija mía, el sol debe seguir á la lluvia y el rocío. La mirada del ojo amigo, dá valor al beneficio que la mano ofrece. Tu planta crecerá, Emilia.—

Pero á poco las hojas comenzaron á salir por encima del agua, y su hermoso verde se ostentó en todo su brillo. La alegría de Emilia fué mucho mayor todavía.

—¡Ah! dijo con el corazón entusiasmado— ya estoy contenta, aunque no me diera ninguna flor.

—No tengas cuidado, la dijo su padre, pues te dará mas que puedes imaginar. Que ese es el premio de la modestia.—Y la enseñó el gérmen de las flores que estaba oculto entre las hojas.

El cuidado de Emilia crecía diariamente conforme se iban desarrollando las flores. Sus tiernas manos las mudaban el agua y preguntaba

si tenían poca ó mucha ó si era demasiado fría; y si entraba un rayo de sol por la ventana, llevaba corriendo la planta al sol, y soplabá con su aliento el polvo de las hojas, como le sopla el viento de la mañana.

Pensando en las flores se dormía Emilia por la noche, y pensando en ellas se despertaba por la mañana. Algunas veces veía en sus sueños su jacinto lleno de flores, y si al despertar

por la mañana no las tenía aun, Emilia medio afligida decía sonriendo:

—No puede tardar en tenerlas.

Con frecuencia preguntaba también á su padre de qué color serían las flores, y después de haber citado todos los colores añadía con candor.

—Todos me son indiferentes con tal que dé flores.

—¡Dulce inocencia, decía su padre, cómo re-



Emilia.

voloteas y juegas amablemente llena de tierno amor y de pueril esperanza!

Al fin dió flores la planta. Por la mañana temprano se habían abierto doce campanillas. En toda la hermosura de la juventud pendían entre cinco anchas hojas de verde esmeralda. Su color era encarnado, igual al de la aurora ó al tierno matiz de las mejillas de Emilia. La flor exhalaba un balsámico aroma. Era una serena mañana de Marzo. Emilia no podía comprender tanta magnificencia. Su alegría era tranquila y silenciosa. No sabía quitarse de delante de las flores, y las contemplaba sin cesar. Entonces entró su padre y vió á su amada hija y á su jacinto en flor, y la dijo conmovido.

—Lo que es para tí tu jacinto, eso eres tú para nosotros, Emilia!

Abrazó entonces la niña á su padre, y despues de un largo abrazo, le respondió sofocada su voz por los sollozos.

—¡Ojalá, padre mio, llegue yo á florecer lo mismo que él!

José S. BIEDMA.

CUENTOS AZULES.

III.

Los enanos gigantes.

I.

El rey y los refranes.

A fé mia que este cuento me parece estar bien aplicado con el anterior titulo ¡Los enanos gigantes! ¿no es verdad, que no os choca ese epígrafe? ¿no es cierto que no reputais como un fenómeno á un enano gigante? Ea, pues, reunios á mi alrededor y escuchad. Acabamos de hablaros de S. A. Tonto III, y dijimos que tuvo tres hijos, dijimos que estos tres hijos lo eran de la vanidad y la tontuna, representada en Truchatronchos y S. A. Tonto III, reyes de varias islas del mar que se estiende entre la Europa y la América.

Al nacer el primer hijo, Tonto III le oyó llorar y acercándose á la alcoba de su mujer, exclamó:

—Hola, ya somos padres.

—Sí, replicó la comadre, de un hermoso niño de mucho talento.

—Vaya si le tiene, al apretarle el pié se ha quejado.

—Entonces no hay duda, mi hijo tiene mucho talento, replicó Tonto III.

Si señor, puesto que sabe no donde le aprieta el zapato, sino donde ha de apretarle.

—Qué tan precoz, es una gloria ser padre de tales hijos. No, no miente el refran á tales padres, etc.

—Quiá, si los refranes, ninguno miente, mas de ciento se yo, y todos son unas verdades como un templo, así como aquellas de por su mal le salieron alas á las hormigas, y nacemos llorando para vivir penando, y dime con quién andas y te diré quien eres, y lo de arrieritos somos y al fin nos encontraremos, y lo del sapo que reventó por parecerse al buey, y lo del buey que habló y dijo mú, y lo del mar que anda á vueltas con el gato, y la del gato que no caza con guantes ratones, y lo de los ratones arriba que todo lo blanco no es harina, y lo de la harina abalada, no te la vea suegra ni cuñada, y lo de la suegra que ni de azúcar es buena, y lo de la cuña que no la hay peor que la del mismo palo, y lo de tal palo tal astilla, y lo de la astilla que.....

—¿Habeis comido lenguas, buena mujer?

—Cá, no señor, como dicen la lengua no dice mas que lo que siente el corazon, y quien lengua há á Roma vá, y la lengua...

—Señora, con tantos refranes no debiais olvidar que en boca cerrada no entran moscas.

—Sí señor, pero si á una le buscan la boca, que ha de hácer sino hablar, que hablando se entienden las gentes.

—Mas el que mucho habla mucho yerra.

—¡Quiá! una habla como quien es, y muchos por no hablar pierden bocado y.....

—¡Comadre!

Algunos me odian porque digo las verdades, pero como al fin y al cabo la verdad es hija de Dios y la mentira del diablo, quiero hablar hasta que reviente, que quiero ser antes mártir que confesor, y.....

—Por vida de sanes, qué punto tocaré que no ponga en movimiento esta máquina.—¿es guapo mi hijo?

—De casta le viene al galgo el ser rabilar-go, y el hijo que aprovece á su padre parece, quien tuviese hijo varon, no llame á otro ladrón, pues el hijo de la cabra de una hora á otra bala, y el hijo del asno.....

—Buena mujer, no creo que mi hijo sea hijo de un asno.

—Vamos, es un decir, porque muchas veces el hijo del bueno ni es malo ni es bueno, y

los hijos de la Mari-Rabadilla, cada uno en su escudilla, y muchas veces este nuestro hijo D. Lope ni es miel ni hiel, ni vinagre ni arroyo.

—Eh, qué diablos estais diciendo de arroyo y miel?

—Pues si señor, donde menos se piensa salta la liebre, y muchas veces se vá por lana y se vuelve trasquilado, que no es oro todo lo que reluce, ni las estrellas están tan cerca de lo que se piensa, y si bien á veces bajo una capa se oculta un buen bebedor, otras veces las apariencias engañan; ¿me comprende Vd.?

—No Señora; ni una palabra.

—¡Toma! pues si es mas claro que el agua lo que digo.

—Yo lo veo muy turbio.

—En casa del herrero cuchillo de palo, pero anda que mas vale pájaro en mano que ciento volando, ó mas vale ir harto á misa que en ayunas á vísperas, ó sino mas vale tuerto que ciego, y cardos en paz que salsa en agráz, y poco bueno que mucho y malo.

—Buena mujer ¿se explicará Vd.?

—Cuando el rio suena agua lleva, y ojo allá que feria vá.

—Es que yo oigo chillar y el ruido no encuentro.

—En quien en tí se fia no le engañes.

—Vieja del demontre, te he de hacer cortar la cabeza sino me dices pronto lo que te pregunto.

—Oh señor, á grandes males grandes remedios: la Señora reina ha parido un niño que parece un enano; por eso dije lo que dije, que viene tan á pelo como si estuviera pintado.

—Bien, bien, marchaos voto á tal, sino...

—No hay que enfadarse, que el que se enfada.....

El rey echó á la comadre con cajas destempladas del salon, sin querer oír lo que sucedia al que se enfadaba.

—¡Tener un hijo enano, qué vergüenza! ¡tener un hijo enano, yo un gigante! No, pues nadie se ha de burlar de mí, le voy á dar una educacion y unas inclinaciones jigantescas, y

de este modo haré que él se crea y todos le tomen por un descomunal gigante. Y lo hizo como dijo, y aun tuvo la fortuna para sus intenciones, que su hijo además de ser enano, era tambien ciego.

II.

Los refranes y el rey.

Pasó un año y volvió á tener otro hijo, y al oírle llorar se acercó á la alcoba de su mujer, y dijo:

—¿Otra vez padres somos?

—Si le contestó el comadron.

El rey escarmentado de la leccion de la partera, habia llamado esta vez á un comadron mudo.

—¿Y es muy guapo ó es muy feo?

El comadron no abrió su boca.

—Vamos, hombre, conteste cuanto le preguntan.

—Bá, bá, bá, exclamó el mudo.

—Bá, bá, ¿qué quiere decir eso?

—Sí, contestó con la cabeza el comadron.

—Que sí, ¿es muy gracioso, eh?

—Sí.

—¿Se parece completamente á su papá?

—No.

—¡Diantre! ¿que nó? será enano como su hermano, entonces?

—Sí, sí, sí.

—¿Y es tambien ciego?

—Sí.

—Otro enano en mi familia, mi mujer es una calamidad.

—Sí, sí.

—Osais insultar á vuestra reina, tunante, voy hacer que os corten la cabeza.

—No, no.

—Pero mi hijo, tambien tendrá mucho talento como el otro, ¿no es verdad?

—Sí, contestó el mudo haciendo una seña que parecia decir, muchísimo.

—Sois muy perspicaz, si ya lo habeis conocido.

—Sí, Sí.



—¿Qué, lo habeis conocido? ¿Cómo lo conocisteis.

El mudo se pasó los dedos desde los ojos á las mejillas é hizo una señal negativa con la cabeza.

—¡Ya caigo! Es decir que mi segundo hijo no ha nacido llorando.

—Sí, Sí.

—Pues no cabe duda, mi segundo señor hijo tiene mucho talento.

Sí, respondió el mudo, echando un pedacito de pan y poniéndose á balar.

—Canásto, tambien este es amigo de refranes. ¿Quereis decir que oveja que bala bocado pierde, y que mi señor hijo como hombre de talento, no quiere perder por balar su comida?

Sí, Sí, replicó el comadron llevándose la mano á la frente y señalando su lengua.

—Ya, que al buen entendedor pocas palabras le bastan.

El mudo señaló la cizaña del jardin.

—Que la mala yerba mucho crece.

El comadron marcó con las manos una gran altura, despues hizo una señal negativa y luego señaló en frente.

—¿Los hombres se miden por el talento y no por los piés?

—Ya lo sé.

El mudo se encogió de hombros haciendo como que barajaba cartas, despues sopló, se arropó en su capa y luego se descubrió en seguida, señaló al cielo y las horas del reloj, á continuacion volvió sus ojos al cielo, volviéndose á encoger de hombros, despues fué á salir por una puerta y la encontró cerrada.

—¡Canario y canario! ¡Voy huyendo de los refranes, y me los encuentro en accion! ¡Esto es insoportable, voto á cribas! Mudo del diablo, ¿qué á cuento viene eso de paciencia y barajar, si tú harás perder la paciencia á un santo? ¿Cómo ha de venir la calma tras la tempestad, si tú eres una borrasca? Demasiado sé que la paciencia gana el cielo; pero tú me lo harías perder de nuevo, y que...

El comadron señaló el número dos con los dedos; despues se desarregló los pelos como si

estuviera furioso: luego, fingiendo que se calmaba, se los volvió á arreglar.

El mudo tambien señaló una figura y un genio, y se tumbó como si estuviera muerto.

—¡Malhaya sea mi suerte! Aunque tenga dos trabajos enfadándome, tú lo dices que genio y figura hasta la sepultura, y así será, pues voy á hacer que te corten la cabeza.

El mudo volvió á hacer nuevas pantomimas, pero el rey ni las quiso mirar tan siquiera; por el contrario, cogió al comadron y le echó á puntapiés de la sala.

—Cuidado que estos mis súbditos son los mas amigos de refranes que conozco. Voy á estender un real decreto para que cesen estos desmanes en lo sucesivo.

El bueno del rey Tonto III se puso en una mesa á escribir, y Dios sabe lo que escribiria. A nuestro conocimiento no ha llegado. Lo que no ignoramos es que despues de escribir se paseó á grandes pasos en su real estancia, diciendo:

—A este otro enano le trataremos como á su hermano, es decir, con todas las prerogativas y derechos de todo un señor gigante; y respecto á quién ha de asistir al otro parto de mi señora, determino que no sea mudo, ni sea mujer: será... será... quien yo diga. Ahora ocupémonos de la gran cuestion de cómo se ha de llamar el nuevo vástago de la casa de los Tontos; yo me inclino á que se llame Cutibelambra, y así se llamará, como su hermano se llama Fierabrás. Otro hijo que tenga, se ha de llamar Majavidas; todos nombres gigantescos, como las pirámides de Egipto.

III.

¡Me comprende V.!

Pronto tuvo ocasion el rey de poner el nombre que inventara á un niño, pues apenas pasó un año desde el nacimiento de Fierabrás, tuvo otro hijo.

Le oyó llorar, y acercándose á la alcoba de su mujer, dijo:

—¿Vamos caminito de abuelos?

—Sí, señor; la reina acaba de dar á luz á un robusto niño, le contestó el médico de cámara.

—Me alegro; así seré padre de tres hijos.

—Y los tres hijos le tendrán á V. A. por padre. ¿Me entiende, señor?

—Dice V. muy bien, señor doctor, y permítame le pida detalles sobre el recién nacido.

—Detalles le daré cuantos quiera; ¿me entiende V.?

—¡Será muy robusto y muy jigantel

—De todo tiene la viña del Señor. ¿Me entiende V.?

—Ni una palabra.

—Pues sí señor. ¿Me comprende V.?

—Menos que antes.

—Es que... ¡ah! ¿Me entiende V. ahora?

—¡Hombre, hombre! ¿Se burla V. de mí?

—No, señor; ¿me entiende V.?

—¡Qué diablo de manía le da á este hombre! He prohibido los refranes en mi reino; pero á este señor le da por un refran de los no prohibidos. Dígame V., por su vida, ¿cómo es de alto mi hijo?

—Así; ¿me entiende V.? dijo el médico sin ademan alguno.

—¡Así! Así, puede ser como un grano de arena, ó como una montaña.

—No digo que no; ¿está V.?

—Harto de aguantarle, sí.

—Pues vamos; es un decir; y como uno es así, pues cada uno se entiende; ¿me comprende usted?

—¡Caramba y caramba!

—No se enfade V.; que, pues, como, ya me entiende V.

—Hombre de Barrabás, ¿quiere V. apurarme la paciencia?

—Yo, no señor; pues uno es... pues... ¿está usted?

—Sí señor; estoy hace una hora oyendo á usted decir mil y un disparates; en una palabra, ¿es mi tercer hijo enano como los otros?

—Sí señor; ¿me...

—Con cuatro mil de á caballo, ¿me quiere usted hacer el favor de responder á lo que le pregunte tan solo?

—¡No he de querer! Vaya si quiero... pues si ¿está V.?

—¡Voto vá! Voy á mandar que os corten la cabeza.

El médico sacó un pergamino y se lo entregó al monarca.

—Bueno; despues lo leeremos: ahora, dígame V. si es mi hijo ciego.

El doctor dijo que sí con la cabeza.

—¡Qué desgraciado que soy! ¡Cómo ha de ser!

El médico no contestó nada.

—¿Tendrá mucho talento tambien mi Majavidas?

—¡Mucho, mucho!

—¿De dónde lo deduce V.? Hable V. lo que quiera, añadió Tonto III al ver que el doctor temia hablar.

—Lo deduzco de que el hijo de V. A. no es rana; ¿me comprende V.?

—¿Que no ha nacido rana? ¡Yo lo creo que no!

—Y un hombre que no ha nacido rana, no es poco ducho que digamos; porque como, pues; ya... ¿me entiende V.?

—Sr. Molfando; V. me ha estado moliendo mas de dos horas, y ahora yo tengo el derecho de molerle las costillas.

—Señor, lea V. A. ese escrito, y me disculparé.

—Bien; lo leeré: es mi bando prohibiendo los refranes.

—Lea V. A. el art. 182, y... me comprenderá.

—Art. 182, dijo leyendo el rey: «Todo aquel de nuestros súbditos que en lo sucesivo quiera mencionar un refran, bastará con que lo indique por medio de las palabras *ya me entiende usted*, ó *está V.* El contraventor de este artículo, pagará con una multa de 200 escudos ó su equivalente 200 azotes.»

—Ahora sí que os comprendo: he suprimido los refranes introduciendo el nuevo y peor refran de *¿está V.?*

(Se continuará.)

Francisco de ESPÍNOLA.

LOS DOS SOLES.

Un pobre niño dormía,
Y durmiendo divisaba
Un sol que siempre brillaba,
La luz de un eterno día.
Despertó: noche sombría
Reinaba sobre su frente,
Y al ver su engaño inocente
Dijo con duelo profundo:
—«No existe sol en el mundo
Que no tenga su Occidente.»

Hombre el niño llegó á ser
Y con trabajo ejemplar
Su mente pudo alcanzar
Los misterios del saber.
Su dulce ensueño de ayer
Trató de explicar ufano,
Y disfrazando el arcano
De aquel brillante arrebol
Dijo:—«Si que existe un sol
De resplandor soberano».

«Es el sol del pensamiento
Que no se esconde jamás;
Es el sol que brilla mas
Que el que cruza el firmamento.
Yo soñé, y el sueño siento
Que es un ejemplo profundo;
Yo miro un sol sin segundo
Lucir sobre la existencia;
Es el astro de la ciencia
Que está iluminando el mundo.»

Rafael BLASCO.

ENIGMA HISTÓRICO.

Explicacion.

CAMOENS.

Luis de Camoens, oriundo de Galicia, nació en Lisboa el año 1517: desde su menor edad descubrió gran ardor por la gloria y la patria. Para distraerse del dolor de un amor desgraciado á una dama de la corte, Doña Catalina Ataide, entró Camoens en el servicio de la ma-

rina; perdió un ojo en la batalla con los moros delante de Ceuta, y viéndose postergado, se embarcó en 1553 para la India. En Goa censuró las arbitrariedades del gobernador en una sátira, que pagó con el destierro á las Molucas, donde bajo otro gobernador mas justo, fué nombrado comisario mayor de los bienes de muertos. En esta comarca, embellecida por la naturaleza asiática, compuso lo mas de su poema: *Los Lusíadas*, obra genial de poética y métrica, que canta la navegacion alrededor de Africa, y el descubrimiento marítimo de la India por Vasco de Gama.

En *Los Lusíadas*, se reasume todo el génio poético de la nacion, y por lo mismo se ha eternizado sobre todas las de su género, pues se hicieron seis traducciones castellanas, cinco latinas, cuatro francesas, tres italianas, dos inglesas y una hebrea.

De vuelta de Goa, perdió Camoens en un naufragio su hacienda, salvando solo su poema agarrado con los dientes, mientras con los brazos libraba el cuerpo de las olas enemigas.

Entró en su patria en 1569, como habia salido. Una pension de 2,000 rs. que recibió del rey D. Sebastian, le faltó á la muerte de este príncipe, con lo que vino á tal pobreza, que enviaba de noche un criado indio á pedir para poder comer.

Agobiado por la propia desgracia y la pública, murió en el hospital en 1579, á la edad de 62 años.

Al morir profirió estas palabras:

He amado tanto á mi patria, que me tengo por feliz no solo en morir en su seno, sino en morir con ella.

CUADRO ICONOLÓGICO.

Una mujer fea, cubierta con un velo negro, está sentada sobre un cerdo y tiene asido un asno.

(La explicacion en el próximo número.)

Por lo no firmado: el Director, FAUSTINO BASTÚS.

Editor responsable: D. Marcelino Martínez.

MADRID: 1861.

IMPRESA DEL COLEGIO DE SORDO-MUDOS Y DE CIEGOS,
Turco, 11.



HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID



LA AURORA DE LA VIDA.

Núm. 21.

30 de Mayo de 1861.

Año I.

LA EMPERATRIZ MATILDE.

LEYENDA HISTÓRICA.

CORRÍA el año de 1150 cuando la emperatriz Matilde, hija del rey de Inglaterra Enrique I y esposa de Geoffroy Plantagenet, sostenía una cruda guerra contra el príncipe Estéban. Matilde, que sostenía los derechos de su hijo Enrique y no omitía penas ni fatigas para llevar á cabo la guerra, se vió un dia obligada á embarcarse, á pesar de estar el tiempo no muy seguro.

Apenas el buque de la reina se vió en alta mar, arreció el tiempo, hincháronse poco á poco las olas, y á las pocas horas todo anunciaba una tempestad de las mas violentas.

Las olas, levantadas como montañas, se cargaban de espuma; los vientos, desencadenados con furia, arrastraban al buque como si fuese una ligera paja, y la noche, la noche, siempre

triste en las soledades del Océano, envolvió en sus oscuros y profundos nubarrones el mar, los cielos y la tierra.

Los barones que acompañaban á Matilde oraban consternados, encomendando su alma al Sér Supremo.

La emperatriz estaba sobre cubierta, pálida, sí, pero llena de firmeza y serenidad; de esa serenidad que da al semblante un viso celeste, porque viene de Dios.

«¡Ánimo, ánimo, amigos míos! gritaba la princesa á los marineros; la Virgen es buena, es poderosa, y no es posible que nos abandone. ¡Alerta, alerta! Que estén con cuidado los vigías, y apenas distingamos la tierra entonaremos un himno á la Virgen del Buen Suceso, á la que haré levantar una capilla en la ribera de la primera costa que abordemos.»

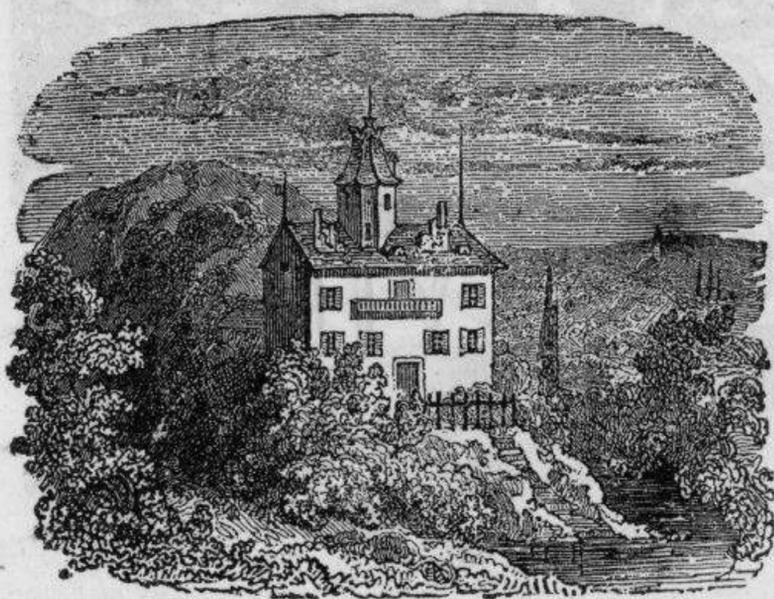
Matilde, despues de haber hecho su voto solemne, se puso á orar con los ojos fijos en el negro abismo que la rodeaba: las montañas de espuma se aplanaron súbitamente, y los vientos cambiaron poco á poco su soplo desencadenado

por una fuerte brisa que hizo volar el navío hasta las costas de Normandía.

De repente se oyó resonar la voz del piloto, que gritaba: «¡Canta reina; hé aquí la tierra!»

La reina, alborozada, respondió á este grito entonando un cántico dulce y grave á la vez, y los barones y la tripulación le repitieron de rodillas, con la cabeza desnuda.

La nave, salvada tan milagrosamente del naufragio, ancló en una pequeña bahía de la



La capilla del Buen Suceso.

baja Normandía, donde el primer cuidado de la emperatriz fué ir con gran pompa á señalar el lugar donde habia de edificarse la capilla que habia ofrecido á su libertadora.

Esta virtuosa princesa, que mas tarde hizo entrar en la corona de Inglaterra la gloriosa raza de los Plantagenets, quiso, antes de abandonar aquella costa hospitalaria, colocar por su mano la primera piedra de la capilla dedicada á la Virgen, que dotó con insigne piedad.

Robustiana Armijo de CUESTA.

CUENTOS AZULES.

III.

Los enanos gigantes.

(CONCLUSION.)

—Por lo tanto, yo... dijo el médico.

El rey arrojó al médico á empellones de la estancia.

—Estos mis vasallos saben mas refranes que

Sancho Panza, continuó el rey al quedarse solo. Respecto á mi hijo, le educaré como á sus hermanos, esto es, como á un gigante.

IV.

Los tres enanos gigantes.

Los tres hijos del rey Tonto se criaron como aquel dijo. Recibieron una educacion de gigantes, y todo el mundo les hizo creer que lo eran aunque no lo fuesen en realidad. Los pobrecitos, como eran ciegos, tomaron como artículos de fé las lisonjas, y se persuadian que eran los mozos mas gallardos que habia en el mundo.

¿Y cómo no lo habian de creer si cuando salian á paseo, delante de su coche iba un criado diciendo á voz en grito?

«Paso, paso, que aquí vienen los muy altos y poderosos gigantes, Cutibelambro, Fierabras y Majavidas, hijos de rey y príncipes sin par.»

Y el pueblo que tenia mucho miedo á los *desenlaces* de Tonto III, al oír tales palabras, exclamaba.

—Pasen, pasen los muy altos gigantes, hijos de rey y muy queridos del pueblo.

Si á comer iban, se repetia la escena, pues un criado los precedia gritando:

—Abran las puertas, derriben tabiques, pues aquí vienen los tres mas robustos gigantes, hijos de rey.

Los cortesanos, como aduladores que eran, se inclinaban ante ellos diciendo:

—Salud, salud á los nobles gigantes hijos de rey, salud y gloria, y que los 400 bueyes que van á despedazar con sus magníficas y reales quijadas, les aproveche.

—Sí, sí, respondian las mujeres; gozad, gozad, gallardos príncipes, que pareceis columnas del cielo, montañas de la tierra, y sois envidia de las hermosas.

Escusado será decir, que apenas pasaban los tres príncipes que parecian tres cañamones, las hermosas y los hombres se echaban á reír de la pequeñez de los enanos, lo que no obstaba para que ellos mas huecos que un pavo real con su altura, no se inclinasen mucho siempre que pasaban por una puerta.

—Hermanito, dijo una vez uno de ellos, llamando á otro.

¡Trueno de Dios! replicó Fierabrás, me insultas dándome el apodo de un muñeco.

—¿Si creerá Majavidas que es mas alto que nosotros?

—Mas alto que yo, y yo soy mas alto que mis pensamientos, y eso que son divinos, dijo Fierabrás.

—Y yo soy mas alto que mi honra, que está tan elevada.

—Y yo mas alto que la pátria en el corazón de un hombre.

—¿No querias insultarnos, Majavidas?

—¿No querias ajarnos, hermano?

—Ni uno ni otro, todos somos muy gigantes en ideas, en intenciones y en altura.

—Un dia voy á ponerme en una silla á ver si llego al cielo.

—Yo un dia voy á comerme la luna en escabeche.

—Y yo voy á hacer al sol mi reloj de bolsillo.

—Yo tengo miedo de pisar porque temo aplastar á los hombres.

Y yo tengo miedo de alentar, porque creo voy apagar la luz del mundo.

—Y yo tengo miedo de toser para no causar terremotos.

—¡Ojalá tuviera ojos para verme! dijo Fierabrás.

—Envidia á los que nos miran, replicó Cutibelambro.

—Y yo alabo á la madre que nos dió el ser, repuso el tercero.

Asco daba oír hablar así á tres enanos.

A otros pensamientos no menos elevados estaban entregados nuestros tres gigantescos personajes, cuando entró el rey Tonto á besar á sus tres miserables hijos.

—Fierabrás, dijo Majavidas, no porfies te repito, que mi altura es descomunal, ¿no se lo oyes decir á nuestros súbditos y á nuestros padres?

—¡Buena estatura está la vuestra! se dijo el papá para sí.

—¿Sabeis que me ocurre una cosa, hermanos?

—¿Qué te ocurre? contestaron ellos.

—Que si seguimos creciendo como hasta ahora, vamos á tropezar en el cielo y no nos bastará el mundo para vivir.

—¡Canástos con los niños, dijo Tonto, si no son muy grandes, lo que es vanidad no les falta!

—¿Quereis, hermanos, que hagamos una experiencia para ver si el razonamiento de Majavidas tardará mucho en verificarse?

—Sí, sí, sí, respondieron Cutibelambro y Fierabrás.

La reina entró en la estancia de los príncipes entonces.

—¿Qué haces esposo aquí?

—Cállate, espero lo que van hacer estos renacuajos.

—Estiendo mi brazo en el cielo y nada toco sino el vacío, siempre el vacío, dijo Fierabrás; aguardad un poco, voy á subirme en una silla, ahora toco una cara redonda con ojos y narices, una cosa blanda como si fuera cuajada; ¿qué os parece que será?

—La luna es, la luna, respondieron los otros dos.

Lo que tocaba Fierabrás era el rostro de Truchatronchos, que como ya era vieja se daba blanquete.

La reina se estaba sentada, y al oír la salida de sus hijos se echó á reír.

—Ahora sube tú Cutibelambro, ¿á ver dónde alcanzas con tu mano?

—No toco nada, dijo aquel, ahora sí, una cara que arroja fuego, ¿qué será, qué no será?

—Es el sol, es el sol, contestaron los otros.

Lo que era efectivamente, era la cara de Tonto que la tenia un poco encendida porque acababa de beber vino.

Tonto estaba sentado en el suelo, y al oír la respuesta de sus hijos tuvo que tumbarse muerto de risa.

—Solo faltas ahora tú, querido Majavidas, súbete en el sillón y dinos lo que palpés.

—Nada, nada, ahora sí, unos pinchos muy grandes, muy grandes, puestos como los dientes de una rueda de un molino, ¿qué os parece que sean, hermanos?

—Son las estrellas, las estrellas son, replicaron ellos.

Lo que palpaba Majavidas eran las manos de sus padres, que temerosos que al empinarse no se cayera, acudieron con sus manos á sostenerle.

—Anda, anda, dijo Tonto á su mujer, tus hijos nada menos han manoseado que el sol, la luna y las estrellas; un paso mas y están en el Olimpo.

—Pierde cuidado, no subirán tan alto.

—Lo que mas gracia que ha hecho, ha sido lo que tocaban á la luna cuando sacó Fierabrás sus dedos manchados de blanquete.

—Pues para mí lo mas gracioso fué, cuando dijo Cutibelambro que tocaba el sol, cuando tocó tu rostro encendido por lo que bebes.

—Fué llamarte en pocas palabras coqueta.

—Y á tí llamarte borracho.

—Borracho yo, tenga su lengua la.....

—No señor, no la tendré, porque cuando tú me buscas me encuentras.

—Mira que yo no soy muy blando de génio.

—¿Y á mí qué me importa?—sino andaras sembrando mentiras no cogieras enredos.

—Señora luna, que vamos á acabar mal.

—Señor sol, mal empezamos.

—¡Ojalá no me hubiera casado contigo!

—¡Qué mal hice en tomarte por esposo!

—¿Si creerás que me honraste? yo era rey.

—¡Qué cáscaras! yo era mujer.

—¿Quereis guerra?

—No busco al menos la paz.

Los dos esposos tenían esta disputa fuera de la estancia de los príncipes, y lejos de terminarla la agriaron por momentos.

—Al fin te mandaré cortar la cabeza.

—No será sin que antes te arranque yo las orejas.

—Mira que andas buscando tres piés al gato.

—Ni tres, ni ocho, ni ninguno.

—Eres muy poco racional y muy poco prudente.

—Menos lo eres tú y pasas.

—Pasas de Málaga serán.

—Vamos, ¡eres de los mas tontos que he visto!

—Los niños me parece que lloran, véte á ver por qué lloran.

—Véte tú, que piernas tienes.

—Vamos los dos, si bien te parece, querida.

—Eso es otra cosa, bien mio, si te rindes, cedo.

Los dos esposos fueron á ver por qué lloraban los niños.

Los angelitos, preguntada la causa de su afliccion, respondieron:

—¡Ay papá! ya llegamos al cielo, y si continuamos creciendo, como es regular, no nos bastará ya el mundo y nos moriremos.

—Hi, hi, hi, dijo llorando Majavidas.

—Hu, hu, hu, exclamó gimiendo Fierabrás.

—¡Jesús qué idea mas rara! entre mi mujer y mis hijos me quitan el reposo.

—Perded cuidado, hijos míos, dijo la madre, no sucederá así.

—¡Pero mamá, si sucede nos moriremos!

—Hi, hi, hi.

—Hó, hó, hó.

V.

Las tres princesas, Beldad, Hermosura y Hechizo.

—Estos pequeños, tienen unas ideas gigantescas, dijo el rey Tonto III abandonando á sus hijos.

—Fierabrás, dijo un enano al quedarse á solas con sus hermanos, Fierabrás, ¿quiénes serán las afortunadas esposas que padres nos den?

—Mucho deben meditarlo, porque nuestros pedazos son como oro en barra.

—Quisiera ser mujer, para tener el gusto de ser mi esposa.

—Yo á no ser una princesa como un clavel, no me caso.

—¿Sabeis lo que decia el otro dia uno de nuestros servidores?

—¿Qué decia? preguntaron con interés Majavidas y Cutibelambro.

—Decia que las tres princesas Beldad, Hermosura y Hechizo, hijas del rey Moc, eran preciosas.

Esas nos convienen: yo me quedo con Beldad, dijo Cutibelambro.

—Yo con Hermosura, repuso Majavidas.

—Y yo con la otra, añadió el otro.

—Si padres no nos las dan, nosotros nos las tomaremos.

—¡Justo!

—¡Dices muy bien!

Los tres niños hablaron á sus padres del asunto, pero los reyes les dijeron que aun eran muy jóvenes para casarse.

—Ya lo oís, Cutibelambro y Majavidas, vamos á robarlas ¿quereis?

—Las robaremos, pues somos fuertes.

—Anarquía metamos ya que podemos.

—Hoy al salir á paseo, haremos que nos lleven á la córte del rey Moc.

—Y una vez allí, obtendremos por fuerza lo que no nos dan por justicia.

—Qué gusto, me voy á casar con mi Hechizo.

—Y yo con Beldad.

—Y yo con mi princesa Hermosura.

Los señores, elevados personajes, aprovecharon la amenidad de la tarde para dar un paseito. Gran muchedumbre de servidores les seguían, y no menos de carruajes y caballos. Llegados que fueron al paraje de su destino, dijeron al jefe de la escolta que su paseo debía prolongarse aun, pues habian pensado visitar al buen rey Moc, padre de tres tan bellas como incomparables princesas.

El jefe no estrañó el capricho de los enanos, tantos tenían, mas les preguntó que si toda la comitiva debía seguirlos.

—No, no, respondieron ellos, nos bastamos y nos sobramos nosotros.

—Hum, murmuró el jefe, no creo que á un enano le sobre mucho cuanto tanto le falta.

—Con que nos acompañen algunos hombres basta.

—Perfectamente, entonces andando.

La comitiva se puso en marcha.

Durante el camino, los tres enanos tuvieron una tan sabrosa como útil conversacion, cuyos pormenores ó los calla la historia, ó sino los calla deben conservarse en algun olvidado libro

de alguna antigua biblioteca. Nosotros solo conocemos el final de la susodicha plática, y no la encontramos tan sabrosa ni tan útil como dice la crónica; pero ya que nos hemos propuesto dar á conocer los varios pensamientos de nuestros héroes, trascribiremos el final de la conversacion de Cutibelambro, Majavidas y Fierabrás, los tres asombrosos gigantes y los tres hijos de rey.

—Seguro estoy como me llamo Cutibelambro, dijo este, que mi querida Beldad al verme tan grande y tan hermosote se queda vizca.

—Y yo afirmo que mi bella Hermosura, repuso Majavidas, no se quedará vizca, sino tuerta.

—Y mi Hechizo creo yo que se quedará ciega, deslumbraré sus ojos con la gran inmensidad de mi individuo.

—¡Qué hombres mas magníficos que somos! dijo el mayor, mirad, mi princesa me ama ya de seguro, por la fama de mi nombre.

—Toma, pues yo creo que la mia, el primer nombre que pronunció fué el mio, pues al nacer y al dirigir sus ojos al cielo, vió mi cabeza mas alta que las tejas de su palacio.

—¡Quita allá! pues si mi Hechizo, replicó Fierabrás, me amó mucho, mucho, mucho antes de nacer.

—¡Canástos! ¿cómo pudo ser tal?

—¡Sopla que quema!

—¡Carambita, sospechais de la rectitud de mis palabras, hola, á ver si me enfado!

—Como yo soy tan alto, mi cabeza que se pierde en la tierra, vá á terminar frente por frente á donde moran las almas de las princesas antes de nacer.

—Tienes razon, eres hombre de talento.

—Y como además.....

Sóo, dijo el cochero conteniendo á sus caballos.

—Ya hemos llegado, dijeron los tres enanos gigantes.

VI.

Por qué habia tantos chatos en la corte del rey Moc.

—Aquí vienen los tres gigantes mas altos de

la creacion, hijos de rey, exclamó un criado anunciando á la córte del rey Moc la llegada de nuestros héroes.

La córte del rey Moc, se componia, cosa rara, casi toda ella de chatos.

—Curiosidad tengo de ver á esos engendros portentosos, dijo Moc á su gran ministro Mic.

—Y yo tambien, exclamó Beldad, mas tierna que una jalea.

—¡Ay, cuando vendrán! dijo con un tono mas dulce que la miel la hermosa Hermosura.

—¡Serán muy simpáticos! añadió Hechizo con la voz mas almivarada del mundo.

—Mic, á fé de Moc, que no pueden ser tan altos como dicen.

—Señor Moc, á fé de Mic, que no puede ser.

—Somos tres y ellos son tres, dijeron las princesas.

—Son tres y ellas son tres, exclamaron los cortesanos.

—Mic, dijo Moc, algun contratiempo han debido tener nuestros tres príncipes; quizá hayan tomado nuestro palacio por un escalon y andarán por los tejados: anda, Mic, anda, ordena que los busquen por las alturas.

Mic salió de la estancia.

Todos los súbditos, jefes, chambelanes, mayordomos, ministros, guardias y servidores del rey miraron á los tejados del palacio y eso que eran gigantes.

—Yo no los veo, dijo por último el rey Moc.

—¡Cómo late mi corazon! pon aquí tu mano Beldad. ¿Qué oyes?

—Tic, tac, tic, tac.

—Es que el corazon es el péndulo del amor.

—Rey Moc, dijo Mic entrando; segun noticias los príncipes están ya ante nosotros.

—¿Te burlas Mic de tu rey Moc? pñes mira Mic que Moc te hará cortar las narices.

—¡Qué disparate! exclamaron las tres bellas.

—¡Atroz, es el de cortarme mis sonrosadas narices!

—No, si nosotras decimos el de estar aquí los tres.

—¡Ah, yo creí..... pues si señores, aquí están, ni mas, ni menos.

—Pero hombre, ¿crees tú que no los hubiéramos visto? Vamos hombre, ya que lo quieres, anda hijo, anda á que te corten las narices.

—Y hará V. M. muy bien, dijo un hombrecillo saliendo del grupo de los cortesanos, porque es un tunante, traidor al Estado, ya que me quitó á mí mi destino de mozo de escoba.

—Que si es bribon, eso no lo sabe V. bien, repuso una vieja; figúrese V. que no ha querido casarse conmigo.

—¡Oh es una iniquidad, es un republicano atroz!

—Y un sedicioso, replicó la mujer.

—Y queria dar un golpe de Estado, añadió el barrendero.

—Del árbol caido, todos hacen leña, replicó filosóficamente Mic, retirándose.

—¡El ministro vá á hacer dimision! exclamaron todos al verle salir.

Porque en la córte del rey Moc, la dimision de los ministros implicaba la de sus narices.

Por eso habia tantos chatos.

—¿Pero y esos tres queridos príncipes vienen ó no vienen? dijeron las tres princesas.

—Lum, véte á ver que ha sido de ellos, dijo el rey.

Lum se marchó tocándose las narices.

Porque en la córte del rey Moc, habia un estraño refran.

Era este:

Si narices ves cortar,

Puedes las tuyas tocar.

En efecto: los tres enanos gigantes estaban allí, como dijo S. E. Ellos habian oido acusar y defenderse al bueno del ministro, y ellos se esplicaban de este modo el cómo no eran vistos de nadie.

—Somos tan altos, que se nos pierde de vista.

—O tendrán que derribar un tabique para que nos vean.

—O habremos tapado el sol con nuestros cuerpos.

—Eso es; sí, sí.

—¡Encantadora Hermosura! dijo Majavidas; el mas encumbrado de tus humildes servidores

viene rendido á dejar su alma en la mitad de tu corazon.

—Pero ¿dónde están esos príncipes? decia entonces Hermosura.

—¡Ay, hermanos, ay!

—¿Qué es eso?

—Nada; no es nada, sino que me han muerto.

Era Lum, que al salir habia aplastado á un inmenso y jigantesco gigante, Cutibelambro.

—¡Calla! Algo he pisado, dijo Lum bajándose á coger al infeliz.

—¿Qué animal será ese? preguntó Moc divinando apenas al enanito.

—Es un raton, dijo Beldad.

—No, hermano; es una mosca.

—¡Cá! Si es un mosquito, repuso Hermosura.

—Hermano, tomemos venganza del ultraje; vamos á aplastar el palacio de un manoton.

—Están de envidia que revientan, exclamó furioso Fierabrás.

—Porque somos mas altos que ellos.

—¡Justo! Fuego, ira y desolacion.

Fierabrás y Majavidas empezaron á descargar sendos mogicones uno sobre otro.

Como los pobres eran ciegos, sintieron por último las consecuencias de su deplorable furia.

—¡Tú tambien estás contra mí! Tú mé las pagarás.

—¡Tú eres el que me insultas, enano!

—¡Enano yo! Por vida de... ¿te he de matar!

Los dos infelices luchaban con un ardor digno de mejor causa.

Fierabrás quedó muerto en el campo.

El vencedor recibió un lauro que no esperaba.

Durante la lucha, habiendo perdido un alfiler, Beldad fué á buscarlo en el suelo, y entonces oyó, por un pisoton que recibió, á los dos adalides.

—Papá, mas mosquitos.

—¡Canasto! Esto es una plaga.

—¡Y qué bonito es! dijo Beldad cogiendo á Majavidas en sus manos.

—¡Qué esfuerzos hace por escaparse! repuso otra hermana.

—Que vayan á buscar una jáuila de un grillo y un poco de trigo, añadió la tercera.

—Me están Vds. insultando; demontre, ¿quieren Vds. que me sulfure, contestó el enano.

—¡Y canta! ¡Y qué bien!

Un criado trajo una jáuila, y Beldad encerró en ella al pequeño Majavidas.

El pobre se esforzaba en vano por reconquistar su libertad; y lo mas gracioso era que las hijas de Moc se reian á mandíbulas batientes á cada sacudimiento del infeliz cautivo.

—Canta, canta, avechucho, le decian.

—¡Sí; para cantar estoy! ¡Caramba! Si estoy rabiando.

—¡Ya canta, ya canta! exclamaron las princesas al oirle.

—¡Hombre, me gusta; se están divirtiendo á costa mia!

—¿Si vendrán por fin esos jigantes, exclamó el rey, de mal humor.

—¿Si vendrán? preguntaron suspirando las princesas.

Los jigantes no vinieron; ¿cómo habian de venir, si el uno de ellos estaba encerrado en una jáuila de grillo, y los otros dos fueron barridos y echados á un albañal por aquel barrennero enemigo de Mic, que habia vuelto al poder?

Imposible era que viniesen. A Tonto dijéronle que se habian perdido, y por mas que buscó, no pudo encontrar á sus hijos.

Moc aun los espera.

Es claro: creyendo que los tres príncipes eran tres jigantes, no pudo creer, aunque los interesados se lo dijesen, que ellos eran los tres príncipes.

Un dia llegó á su córte el gran Chupachiripas, sábio en muchas cosas y otros escesos; y habiéndole preguntado Beldad lo que decia su grillo, la respondió:

—Habla en una lengua que yo conozco, y dice que es hijo de Tonto III.

—¿Já, já, já? ¡esclamó la princesa; qué chistoso es imaginar un mosquito ser un elefante!

—Que le corten las narices por impostor, exclamó Moc, que habia oido á Chupachiripas.

VII.

¿Sabeis cómo se llaman hoy dia los herederos de los tres enano-jigantes? Os lo voy á decir.

Se llaman necios, vanos y orgullosos.

Cuidad, hijos míos, antes de reiros de Fierabrás, Cutibelambro y Majavidas, no reiros de vuestro propio retrato.

Os hemos dicho que os contaríamos unos cuentos, y, apoyados en vuestra credulidad, os estamos contando, unas veces una historia y otras la historia de muchos de nuestros defectos.

Ahora os hablamos de la vanidad y orgullo.

La vanidad y el orgullo, cuando no hay en que fundarlos, hacen de los hombres unos enano-jigantes.

Jigantes á los ojos de uno mismo que se creen una montaña, y es un grano de arena.

Enanos para los demás, que los miran como son, y aun menores por su estúpida jactancia.

Entre ambas opiniones está el desprecio del

mundo, y creédme, nunca falta una jaula de un grillo para encerrar á uno de esos jigantes.

O el pié de un miserable que le aplaste.

O bien otro vanidoso que destruya á uno.

El orgullo y la vanidad cuando llega la ocasión de servirse de ellos, como tienen unos cimientos vanos, caen, y en su caída aplastan al impostor que sobre tales bases sentaba la fábula de su vida.

Si no quereis esponeros al peligro, no le busqueis.

La flor de la virtud es tanto mas hermosa cuando contra los vendabales del mundo se encubren con las hojas de la modestia.

Además, ya lo sabeis, Dios ha dicho

«Que el que se humille, será ensalzado.»

Francisco de ESPÍNOLA.



El Peregrino.

LA CARIDAD.

Si en horrible tempestad,
Cuando silba embravecido
El destructor huracan
Con rudo y potente brio,

Y retumba el ronco trueno
Con pavoroso estampido,
Y el rayo horrisono estalla,
Y encrepase el mar bravio,

Cruza el inmenso desierto
Estraviado un peregrino,
Del cansancio al duro peso
Postrado y casi rendido,
Y llama exhausto á la puerta
De tu hogar pidiendo asilo,
No le arrojes con dureza,
Y dale en tu seno abrigo.

Pues nada hay mas estimable
Como un pecho compasivo
Que con caridad ferviente
Amparo dá al desvalido.

Ni tus consuelos le niegues
Si acaso en duro conflicto
Gime su pecho angustiado
Por crueles penas herido;

Ellos serán como un bálsamo,
Como bienhechor rocío,
Que calmarán sus dolores
Y le darán dulce alivio.

Si esta caridad mostráres
Con el pobre peregrino,
Tu accion noble y generosa
Tendrá el premio merecido.

Él tampoco por su parte
Jamás la echará en olvido;
*«Que es la Caridad un bien
De eterna alabanza digno.»*

Gregorio LAGO.

CUENTOS DE LA INFANCIA.

LA HERENCIA.

(CONCLUSION.)

VI.

La casa de campo.

—¡No abra V. Señorita!—esclamaba temblando el pobre Julian, que se estremecía á cada golpe que resonaba en la puerta.

—Si tienes miedo déjame sola, yo veré quien es.

—¡Yo dejar á V.!

—Pues calla.

—Pero no conoce V., Señorita, que á estas horas.....

—Eso justamente me hace creer que será

algun pobre viajero que desconoce el camino que guia á la ciudad.

—Si Señora, pero yo.....

—No es cosa de que pase la noche en medio del campo.

—¿Y cree V. tambien, Señorita, que un pobre viajero meteria tanto ruido para pedir asilo.

Luisa se detuvo al escuchar estas palabras.

—No lo dude V.,—añadió Julian apoyándose en este pensamiento;—si fuera un pobre viajero no llamaria á tambor batiente.

—Tú crees.

—Cualquier cosa mala, despues que la campana nos anuncia la hora de la oracion; la noche no se ha hecho mas que para dormir; créame V., señorita.

—El miedo te hace ver visiones,—añadió Luisa dirigiéndose hácia la puerta.

—No olvide V. que la caridad tiene tambien sus limites; ¡todo tiene limites en el mundo, señorita!

—No temas.

—Pero ¿no ve V....?

—Nada que pueda hacerme retroceder.

—¡Dios nos saque con bien de este empeño!

—¿Quién es?—preguntó Luisa acercándose á la puerta.

—Un pobre anciano que pide hospitalidad,—contestó una voz débil desde fuera.

Luisa abrió por fin la puerta que daba al campo.

Un nuevo personaje se presentó en escena.

Julian quiso echar á correr, pero sus piernas se negaban á dar un solo paso.

El desconocido se arrojó sobre Luisa, y sin dar tiempo á que pudiera lanzar un solo grito, cubrió su boca con un pañuelo.

Julian cayó de rodillas, sin poder articular una sola palabra.

Antes de que volviera de su asombro, otro embozado le amenazaba con un puñal imponiéndole silencio.

Luisa, sin perder del todo su serenidad, quiso hacer un esfuerzo para librarse del desconocido; pero este, haciendo alarde de sus hercúleas fuerzas, la sujetó con una cuerda á una reja que estaba al lado de la puerta.

En seguida se dirigió precipitadamente hácia la escalera y desapareció por ella.

Un grito desgarrador indicó que aquel hombre habia sorprendido igualmente á la señora anciana y á su fiel criada.

Un momento despues volvió á bajar presurosamente, llevando el niño en sus brazos.

Los dos embozados desaparecieron de la casa.

Julian, haciendo un esfuerzo muy superior

á sus fuerzas, así que se vió libre del embozado, se dirigió hácia Luisa, arrancándola el pañuelo que le cubria la boca.

—¡Inspírame, Dios mio!—esclamó esta dirigiéndose hácia la puerta.

La detonacion de un arma de fuego la hizo detenerse.

Entre la oscuridad de la noche se distinguia confusamente una sombra que se dirigia hácia la casa.

Todo permaneció en silencio por algunos instantes.

—Julian, —esclamó Luisa parándose en la escalinata, —¿no distingues entre el ramaje una figura que se aproxima?

—Huyamos, señorita, —contestó Julian sin apartarse de la puerta; —es una verdadera locura jugar así con el peligro.

—Espera un momento.

—Recuerde V. que la señora estará impaciente y que no sabemos lo que habrá pasado por arriba.

—¡Juan!... esclamó Luisa, viendo acercarse á este con el niño entre sus brazos.

—¡Al fin he llegado á tiempo!... —añadió Juan subiendo la escalinata.

—Cerremos la puerta, —repuso Julian sin perder aun el miedo que de él se habia apoderado.

—Nada hay que temer, —añadió Juan entregando el niño á Luisa, que le cogió con estremada alegría; —mi gente sabrá defender la casa de cualquier tentativa.

Julian, por lo que pudiera suceder, tomó á su cargo el cerrar la puerta, lo que hizo con la mayor precipitacion: al fin empezaba ya á respirar, aunque no sin algun trabajo.

Un momento despues todos se hallaban reunidos en el pequeño gabinete donde se encontraban la señora anciana y su fiel Gertrudis.

Todo era confusion y asombro: ninguno de los de la casa se esplicaba la causa de tan extraños acontecimientos.

—Señora, —esclamó Juan pasados los primeros instantes, —la tranquilidad de esta casa queda esta noche á mi cuidado: pueden Vds. recogerse con toda seguridad; un gran asunto reclama mi presencia en otro sitio; una hora mas tarde quizá no podria encontrar á la persona que guarda el secreto que nos interesa á todos: mañana nos veremos en este mismo sitio; Dios me ayudará en mi empresa.

—Pero ¿nada podemos saber esta noche...?

—Nada, señora; aun no tengo tiempo: confiad en el hijo de la pobre anciana de la cabaña, y pedid á Dios que guie mis pasos.

Julian acompañó hasta la puerta á Juan, ro-

gándole que no les abandonase; pero todo fué inútil. Juan no debia retroceder ante el plan que se habia trazado.

La noche permaneció silenciosa y oscura.

De vez en cuando se dibujaban confusamente alrededor de la casa algunas sombras, que desaparecian entre los árboles. Juan la dejaba bien defendida; todo lo habia previsto.

VII.

Un secreto de familia.

Al siguiente dia de la fatal noche en que habian intentado arrebatarse al inocente niño, se encontraban en el gabinete de la modesta casa de campo la señora anciana, Luisa y Juan, que comentaba los sucesos de la noche anterior con tanto acierto como valor habia demostrado.

—¿Pero V. era cómplice de tan inicuo plan?—decia á Juan la señora anciana, llena de asombro.

—Mi vida, señora, contestó este, es una cadena harto pesada que he intentado romper varias veces; pero hasta ahora no he tenido valor para hacerlo.

—Continúe V. su narracion.

—El sobrino de la baronesa del Valle, mi antiguo capitan, se habia propuesto heredar todos los bienes de su respetable tia, y para ello era preciso hacer que desaparecieran sus hijos. Hace quince años que emprendimos tan larga y odiosa empresa; y cuando ya creiamos haber conseguido nuestro objeto, la baronesa dió á luz ese niño, al poco tiempo de recibir la infausta noticia de la muerte de su esposo. Dios, que vela siempre por sus hijos, no ha querido que la inocencia sufra bajo el peso de nuestro crimen. Su sobrino ha muerto, y á mí me toca destruir ese horrible plan fraguado por nosotros mismos.

—Y dice V. que hace quince años...

—Robamos una noche á la única hija que entonces tenia la baronesa.

—Pero esa niña...

—Fué entregada á uno de nuestros cómplices, á quien anoche amenacé para que me dijera su paradero.

—¿Y ha descubierto V...?

—Solo he podido arrancarle parte de su secreto, pero con la ayuda de Dios lo conseguiré.

—Hable V., Juan; quizá yo misma pueda ayudar á V. en tan noble empresa.

—Así lo espero señora; y por lo mismo nada he querido ocultar á V. de mi vida pasada.

—Prosiga V.

—Hace un año recibí una carta de mi anciana madre en que me participa su estado y

el cariñoso auxilio que la dispensaba la señorita Luisa, único sosten de su pobre existencia. Desde entonces me siguió escribiendo mas á menudo, pues yo contestaba ya á sus cartas, en las que siempre me hablaba de lo mucho que la noble huérfana hacia por ella. La caridad de esta señorita movió mi corazón, y quise, no solo separarme de mi amo, sino estorbar sus inícuos planes. La sospecha le hizo receloso conmigo y no encontrando aun la ocasión mas propicia para realizar mi intento, esperé con triste remordimiento la hora en que lo pudiera llevar á cabo. Para no infundir sospechas tambien en nuestros cómplices escribí hace un mes al que anoche intentó robar al niño, diciéndole de orden de mi amo lo que debia hacer en el castillo de la Baronesa. Escitando su ambicion supe obligarle á que no matase al niño, á quien yo mas tarde salvaria. La enfermedad de mi capitán me detuvo algunos dias mas á su lado, pero aun he llegado á tiempo. Anoche ví á la señora Baronesa, la confié todo, y despues de alcanzar su perdon, la prometí que hoy podria ya revelarla positivamente si este niño era ó no realmente su hijo.

Acabo de separarme de su lado y antes de media hora estará aquí.

—Pero su enfermedad.....

—Se ha empeñado en levantarse y en venir á demostrar á Vds. personalmente su eterno agradecimiento.

Luisa que habia escuchado enternecida esta ligera narracion enjugaba una lágrima, que en vano intentó reprimir dentro de su pecho.

Su corazón se habia conmovido tristemente, pues un doloroso recuerdo acababa de herir su viva imaginacion.

La señora anciana acogió entre sus brazos á la pobre huérfana, que correspondia tiernamente á tan dulces caricias.

—Señorita—esclamó Julian conmovido fijándose en Luisa,—si ha encontrado V. en esta señora una buena madre, cuente V. tambien con el agradecimiento y respeto que inspira V. á este su nuevo criado.

—¡Quién sabe, hija mia—añadió la señora acariciándola,—si algun dia encontraremos á tus honrados padres.

Juan demostró vivamente su sorpresa al escuchar estas palabras.

—Ten confianza en Dios.

—Luego esta señorita.....

—Fué abandonada á mi cuidado, hace doce años.

—¡Doce años!..... sí!..... ¡tres años estuvo en poder de nuestro cómplice, segun anoche me confesó!

—¡Qué dice V.!

—¡Dios mio!..... ¡ah!..... ¡seria el colmo de mi felicidad!

—¡Juan!.....

—¡Pero no!..... nuestro cómplice la abandonó en una casa situada en el centro de la ciudad.

—¿En la calle del Darro?

—¡Justamente!

—¡Hija mia! ¡sí!..... ¡no me engaño!..... yo habitaba esa casa hace doce años.

—¡Madre!..... esclamó Luisa arrojando un grito de alegría.

—Pero además..... y como señal tal vez.....

—Sí, sí..... Llevaba una cruz de oro en el pecho, al pié de la cual se leian dos iniciales.

—¿Una C. y una A entrelazadas?—añadió Luisa sacando la cruz que siempre habia conservado.

—¡Sí, sí! ¡eso es!..... repuso Juan reconociéndola con asombro;—¡Carlos y Amalia!... ¡los nombres de sus Padres de V.!

—¡Ah!..... ¡Madre mia! esclamó Luisa cayendo sin sentido en los brazos de la anciana señora, que lloraba de alegría.

El inocente niño que dormia en la cuna se despertó sonriendo.

Luisa al volver en sí, abrazó tiernamente á su querido hermanito.

—La señora Baronesa—dijo en alta voz Julian, alzando el antiguo tapiz que cubria la puerta del gabinete, para dar paso á una señora de unos cuarenta años, que venia apoyada en una hermosa jóven, que la servia de cariñosa amiga mas bien que de doncella.

—¡Madre mia! esclamó Luisa arrojándose en sus brazos.

—¡Mi hija!..... esclamó sorprendida la Baronesa.

—¡Ahora veo que Dios me ha perdonado!—dijo conmovido Juan abrazando igualmente á su madre.

—¡Ah!..... ¡sí... sí!..... ¡mi hija!..... repitió la Baronesa fijándose en la cruz que Luisa llevaba sobre el pecho.

Las lágrimas de todos, eran la espresion mas viva de esta escena.

Madre é hija cayeron de rodillas ante la cuna del inocente niño, que les tendia sus tiernas manecitas.

EPÍLOGO.

Breves dias habian transcurrido. La mas dulce alegría reinaba en el sombrío castillo de la baronesa del Valle. Todos nuestros personajes formaban ya una sola familia, ocupando cada uno el puesto á que se habia hecho acreedor.

El arrepentimiento nunca llega tarde. Juan era ya el administrador de la baronesa. La casa de campo y la cabaña de Catalina vinieron á formar parte del castillo, que se preparaba á recibir un nuevo huésped para que la alegría fuese completa. El baron debía llegar en aquel día, segun una carta de él, en que al mismo tiempo que daba esplicaciones sobre su naufragio, indicaba su milagrosa salvacion. Cinco meses habia pasado con otro compañero de infortunios entre islas casi desconocidas. Pero al fin volvía á abrazar á su buena esposa y á sus queridos hijos.

La semilla de la caridad empezaba á dar sus frutos.

Luisa habia sostenido la pobre existencia de la madre de Juan. Sus caritativas acciones conmovieron su corazon empedernido, trasformándole en un ser bueno y generoso para desenlazar el drama en que él mismo les habia envuelto.

El que posee el don de la caridad, atrae hácia sí las simpatías hasta de los hombres mas perversos, y es siempre guiado por la mano de Dios.

P. Moreno GIL.

LA CASCADA DEL RHIN.

La cascada del Rhin no presenta siempre el mismo aspecto; procede esto de la cantidad de agua, la temperatura y la estacion. La vista es verdaderamente maravillosa cuando las aguas están altas y el tiempo es sereno. En uno de estos dias la visitamos nosotros. En cuanto la hubimos contemplado desde frente de la orilla en donde cae, en todo su sonido y ondulacion, nos hicimos conducir á la otra orilla para verla desde cerca en el lugar donde empieza á caer.

Cuanto mas nos acercábamos á este sitio tanto mas vacilaba nuestra barquilla, que se sostenia sin embargo bastante firme sobre las olas, guiada por un vigoroso batelero para conducir á salvo al lugar de su destino á los asustados pasajeros. Apenas llegamos á la otra orilla, subimos una parte de la montaña, en cuyo centro se halla un antiguo castillo desde el que se goza de una vista muy pintoresca; entonces se va por la izquierda á un sendero, en el que hay un puente de troncos de árboles colocado encima de las rocas y sobre las furiosas aguas.

Indescriptible es el espectáculo que presenta aquí el torrente al precipitarse en los abismos. Se halla uno encima de la caída, y al mirar, no le parece sino que las mugientes olas, que ruedan á cada momento nuevas masas de aguas como nubes, con horrible ímpetu, le van á arrastrar en su corriente. El ruido del agua des-

haciéndose al caer sobre las olas, no deja oír nada. Solo se ve y se siente. Se ven las olas, verdes por lo general, convirtiéndose en blanca espuma, ó deshaciéndose en polvo que produce el arco-iris que en el tiempo sereno corona siempre estos abismos, donde el torrente parece lanzarse llevando consigo el espanto y la destruccion. Se siente al par una lluvia muy menuda que contrasta con los esfuerzos de las furiosas olas, y recuerda al hombre la antigua máxima de que el peligro que asusta á lo lejos, si se le contempla de cerca con serenidad, las mas de las veces solo es una ligera nube de polvo.

CUADRO ICONOLÓGICO.

Explicacion.—LA OBSTINACION.

La obstinacion se representa con la figura de una mujer fea, porque este defecto engendra el mal humor y la hace insociable; que así afecta la parte moral como física.

Sus facciones están alteradas por los combates y contradicciones que constantemente sostiene contra el sentido comun y las luces de los demas.

El velo negro, significan las tinieblas en que está envuelta. El asno y el cerdo, son sus animales favoritos: se mira en el primero, simbolo de la ignorancia y la necedad; y el segundo marca plásticamente la brutalidad á que conduce la obstinacion.

ADVERTENCIA.

Con este número damos fin al tomo 1.º de nuestra publicacion: El segundo comprenderá como este siete meses, para que el 3.º principie, Dios mediante, en 1.º de enero de 1862.

Para complacer á los suscritores de la *Educacion pintoresca* que desean continuar recibiendo las mismas entregas que hasta aquí, daremos cuatro números desde 1.º de junio, en los dias 8, 16, 24 y último de cada mes. Esta mejora que aumenta nuestros desembolsos, pues exige mayor número de cubiertas y grabados, en nada altera las condiciones de la publicacion, porque cuatro entregas de 12 páginas, componen la misma lectura que tres de 16.

Por lo no firmado: el Director, FAUSTINO BASTUS.

Editor responsable: D. Marcelino Martínez.

MADRID: 1861.

IMPRENTA DEL COLEGIO DE SORDO-MUDOS Y DE CIEGOS.